ENRIOUE PARADAS Y JOAQUIN JIMÉNEZ



LOS POLLOS BIEN

SAINETE EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24.
1922

LOS POLLOS BIEN

LOS POLLOS BIEN

SAINETE EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ENRIQUE PARADAS Y JOAQUIN JIMÉNEZ

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid, la noche del 15 de Abril de 1922.



MADRID
Tipografía Mora-Zaballos
Carrera de San Francisco, 9
1922

Al Sr. D. Tirso Escudero.

Querido D. Tirso: Cumpliendo un deber de gratitud le dedicamos esta obra, suplicándole dé las gracias a la Compañía de la Comedia, que con tan gran cariño y tan magistralmente la interpretó.

Un fraternal abrazo de sus agradecidos amigos,

Paradas y Jiménez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PATRO	Carmen Andrés.
CARMELA	María Bassó.
UNA COCINERA	Julia Posadas.
PARROQUIANA	Pilar Casteig.
PIO	Valeriano León.
DOMINGO	Jesús Tordesillas.
BERNABE	Federico Górritz.
JEREMIAS	Carlos Viaña.
GREGORIO	Andrés Tobías.
JULITO	Joaquín Roa.
AMIGO 1.°	Antonio Brañas.
AMIGO 2.°	Rafael Terry.

La acción en Madrid. Epoca actual.

Indicaciones las del actor



ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una pollería y huevería, bien surtida, pero modesta y anticuada en su ornamentación. En el foro derecha, puerta; a la izquierda una reja grande. En lateral izquierda mostrador, repleto de aves de distintas clases Sobre el mostrador, a una altura prudencial y sostenida por dos barrotes, una barra de hierro, de donde penden toda clase de aves. En lateral derecha, segundo término, puerta que figura conducir a las habitaciones de la casa. A ambos lados de la puerta del foro y adosados a la pared, habrá unos cajones repletos de huevos. Repartidas convenientemente por la escena varias jaulas de las que se utilizan para transportar gallinas.

Al levantarse el telón aparecen PÍO y JEREMÍAS en primer término derecha, sentados en dos sillas bajas y dedicados a pelar gallinas. Por dentro se oye a Patro, que está regañando con su hijo a grandes voces.

PAT. *(Dentro.)* ¡Estoy muy harta de vosotros! ¿Lo oyes? ¡Pero muy harta!

PIO. ¡Claro que está muy harta!

JER. ¡Y tan harta!

PAT. ¡Tanto tú como el otro sóis un par de sinvergüenzas!

PIO. ¡Claro que son dos sinvergüenzas!

JER. ¡Y tan sinvergüenzas!

PAT. ¡Y esto no pué seguir así!

PIO. Claro que no pué seguir así.

JER. Y tanto que no pué seguir.

PAT. Me estáis arruinando entre los dos.

PIO. Claro que la están arruinando.

JER. Y tanto que la están arruinando.

PAT. ¿Pero no contestas? ¿No dices nada?

PIO. No contesta.

JER. No dice nada.

PIO. ¡Pobre señá Patro! ¡Vaya un par de hijos que le han salío!

JER. Si levantara su padre la cabeza y viera lo granujas que se han vuelto desde que él murió... ¡Pobre señor Aniceto! ¡El que era un santo!

PIO. ¡Sí que parecía un bendito!

JER. Y eso que tú le trataste poco.

PIO. ¡Y tan poco! Como que hincó el pico a los seis meses de entrar yo en la pollería.

JER. ¡Qué hombre más bueno! ¡Qué buen corazón tenía! Así murió él. ¡Del corazón! Si él hubiese vivido...

PIO. Otro gallo te cantara.

JER. ¡Y que lo digas, Pío! Su muerte fué mi muerte. Y menos mal que me dejó en el testamento. ¡Pobre señor Aniceto! *(Llora.)*

PIO. Bueno, Jeremías, no me llores más. Que siempre estás lo mismo. Pela y calla.

JER. Si es que no puedo remediarlo. Estoy muy agradecío a él. A él y a su hermano Gregorio. A ése no le has conocío tú.

PIO. ¿Y ése qué era?

JER. Ese era un santo, como su hermano.

PIO. ¿Digo que a qué se dedicaba?

JER. Tenía también pollería en los Mostenses. De la noche a la mañana desapareció y no se ha vuelto a saber de él.

PIO. Siendo un santo estará con su hermano allá arriba.

JER. Si ha muerto, seguramente estará con él en la gloria. ¡Cómo se parecían los dos, en todo! En la cara y en los hechos. ¡Qué habrá sío del pobre Gregorio! *(Vuelve a llorar.)*

PIO. Paeces un recordatorio. Ahora me explico yo que muriese del corazón el señor Aniceto. Y yo

voy a enfermar también. Entre la señá Patro y y tú esto es un valle de lágrimas.

JER. Es que la Patro adoraba en él, y ca vez que lo recuerda llora como yo. Ya ves: seis años va a hacer que ha muerto y toavía va de alivio e luto. Y toos los domingos, haga bueno o haga malo, se va al camposanto a rezarle y a llevarle flores.

PIO. Hasta que salga uno que la eche flores a ella.

JER. Como si no. La Patro morirá viuda. Menúo ataque la dió el día que enterraron al pobre Aniceto. ¡Dios le tenga en la gloria! *(Llora.)*

PIO. Y tú me estás atacando a mí a los nervios; ¡gachó, qué tío más fúnebre! *(Aparece Patro, que sale llorando también. Viste un traje negro con florecitas blancas, o sea de alivio de luto. Saca al brazo un traje de caballero, que se ha de procurar sea de unos tonos muy claros.)*

PAT. ¡Granujas! ¡Más que granujas! ¡Malos hijos! ¡Si vuestro padre levantara la cabeza! ¡Ay, Aniceto de mi alma! ¡Llévame contigo! ¡Yo quiero morirme! ¡Esto no es vivir, Aniceto! ¡Esto no es vivir! *(Llora desconsolada.)*

JER. ¡Pobre señor Aniceto! *(Llora también.)*

PIO. *(Levantándose de la silla.)* Bueno; aquí se enternecen hasta los pollos. Soy yo, que ya no tengo na de tomatero, y me ablandan ustés... ¡Como que estoy llorando! ¿Les parece a ustés que dejemos de llorar un ratito? Que con las lágrimas no se adelanta na, señá Patro.

PAT. Tié usté razón, Pío. Esto se va arreglar de otra manera. El día menos pensao me levanto y prendo fuego a tóo.

PIO. (Estoy viendo los pollos asaos.)

PAT. ¡Miusté que es lo grande, tener dos hijos y que no se sepa cuál es más golfo ni más vago!

PIO. El más vago, no sé. Pero el más golfo es el que toavía no ha venío a dormir y son las ocho de la mañana.

PAT. Estará dando conciertos con la guitarra. De juerga, como tóos los días y toas las noches. ¡No hace más que éso!... Dice que es el as de los

trasnochadores. Que resiste no sé cuantos días sin dormir. En cambio al otro no hay quien le levante de la cama. Le pregunto ahora que si va a ir a clase, y dice que no. Que tié que ir con unos amigos a jugar un partido de futbol. Y así siempre. Cuando no es el futbol, es el alpinismo. Y cuando no es el alpinismo, es el boxeo. Total, que pa éste la vida es un sport, y pa el otro una juerga. Ahora, que como este año les vuelvan a dar calabazas, verá usté el pisto que llevan de aquí. A los dos los pongo en mitá el arroyo. *(Aparece Domingo. Viene embozado en una capa inglesa y trae debajo de ella la guitarra. Queda parado junto a la puerta y canta.)*

DOM. No me tires al arroyo,
que yo malito no soy.
¡Vaya estilo! *(Avanzando a escena.)* Buenas noches.

PIO. Buenos días, Domingo.

DOM. *(Mirando a la calle por la puerta.)* Calla, pues es verdá. Ni me había fijao que era de día. Cómo se pasa el tiempo.

PAT. Eso digo yo. Cómo se pasa el tiempo.

DOM. ¿Ha descansao mi madrecita? *(Haciéndola una caricia.)*

PAT. Déjame. ¿A tí te parece bien venir a acostarse a las ocho de la mañana?

DOM. Me parece muy mal. Pero yo no he tenío la culpa. Yo venía como un hombrecito de bien a acostarme a la una. Pero tropecé con unos amigos y se armó la garata. Fuimos a tomar unos mariscos a los Burgaleses y empezó la discusión sobre el arte flamenco. Que si las tarantas, que si los martinetes, que si las bulerías; total, que un percebe me quiso menospreciar, y entonces tiré de mi compañerita del alma, y me quedé solo. Fijénse ustés con lo que me arranqué. *(Coloca la pierna sobre una silla y comienza a rasguear. Pío le acompaña con palmas.)*

PAT. ¿Pero Aniceto, ves que hijo éste? *(Llora.)*

JER. *(Llorando también.)* ¡Si levantaras la cabeza!

Pio. Olé. Este por lo menos se trae alegría.

Dom. *(Arrancándose por todo lo alto.)*

Déjame de lagrimitas,
que yo penitas no quiero...

¡Vaya estilo!

Pio. ¡Eres el as!

Dom. *(Terminando de tocar.)* ¡Viva mi madre!

Pat. Tu madre va a vivir muy poco.

Dom. ¿Quién ha dicho eso? A mi madrecita la tengo yo que ver centenaria. *(Haciéndola fiestas.)*

Pat. ¡Quita de ahí! Que me estas quitando la vida.

Dom. Pero, señor, ¿qué hago yo? ¿Que vengo un poco tarde? Es decir, ¿que vengo demasiao temprano? Eso es propio de la edad. O es que quié usté que un pollo como yo se acueste a la hora de las gallinas?

Pio. Eso no. Pero tampoco debe venir un pollo a las mil y gallo.

Dom. Bueno, pues si es eso lo que a la madrecita de mi alma la acongoja, desde mañana me acuesto a las ocho.

Pio. Pero de la noche.

Dom. Eso. Al toque de oración. *(Aparece Julito. Lleva el traje de futbolista y un balón.)*

Jul. Buenos días. ¡Vaya unas horitas de venir a acostarse!

Dom. Las mismas que tienes tú de levantarte. Ya te veo de etiqueta. ¿Hay partido?

Jul. ¡Hay narices! Más valiera que no le dieras disgustos a mamá.

Dom. ¡Pues sí que tú eres un hijo modelo! Te levantas cuando quieres, te pasas la vida con los esportes, y que estudie Rita.

Jul. Estudio más que tú.

Dom. Por eso te dan calabazas tóos los años, lo mismo que a mí.

Jul. Menos éste. Este año me aprueban, porque voy muy bien empollao.

Pio. Y últimamente, si le dan calabazas se dedica a la natación, que es el único esport que le falta.

Pat. ¿Y no os dá vergüenza que me haya sacrificao

por daros educación y me esté arruinando por daros estudios, y vosotros estéis pasándoos la vida en continua juerga?

JER. Si tú más de cuatro veces no les dieses dinero...

PIO. Es igual. Porque se lo quitan de una manera u de otra, como tú sabes. Que más de cuatro veces vuelan aquí los pollos sin saber dónde van a parar. Además, la señá Patro les dá educación y les dá dinero. ¿Qué culpa tié ella de que el dinero se lo gasten y la educación no la quián gastar?

PAT. Tié razón Pío. Nadie tié la culpa de que ellos sean como son. Yo, como madre, pongo los medios pa que tengan un porvenir. Pero ya véis el camino que llevan. ¿No os dá vergüenza? ¿Qué porvenir es el vuestro? ¿Qué váis a ser el día e mañana?

PIO. Pues dada la vida que hacen, y siendo hijos de una pollera, el día e mañana serán lo que hoy son: dos pollos bien. Es la carrera de moda. La última.

JUL. Bueno. Yo me voy. Que es tarde y tengo un desafío amistoso con el Sporting-Vallecas. Hasta luego. (*Mutis.*)

PIO. Adiós, sportman.

DOM. ¿Ve usté? Ese es mi hermanito. Ese es el que no quié gastar la educación. Ahueca el ala y ahí queda eso. Siquiera se dan explicaciones.

PAT. Y tú, ¿qué explicaciones das?

DOM. Que este es el último año que me presento. Porque como tenga la desgracia de que me suspendan, suspendo los estudios y a otra cosa.

PAT. ¿Y se pué saber cuál es?

DOM. Muy sencillo. En vez de ser perito-electricista, seré electricista solo. Ya sabe usté que en eso de las instalaciones soy un as.

PAT. Ya lo he visto. Que me has puesto una luz en la cueva, y me ha costao diez duros.

DOM. Los materiales que están mu caros. Pero la cuenta creo que estaba bien clara: cinco pesetas que me gasté en la llave, otras cinco que me gasté en

el flexible y ocho duros que me gasté en la bombilla.

PIO. Ahí es donde te lo gastas tú tóo.

PAT. Pa qué se quié la luz. ¿Verdá, hijo mío?

DOM. Es claro. Pa ver la vida. Bueno, voy a echarme un rato, que me está entrando sueñito. Llámeme usté a la hora de comer. Y no se apure usté, madrecita, que tóo se arreglará. Ahora es uno joven. Tiempo le queda a uno en este mundo pa sufrir y penar. *(Inicia el mutis cantando.)* Que yo penitas no quiero. ¡Vaya estilo! *(Vase.)*

PAT. ¿Qué os parece?

PIO. Que ca uno por su estilo, son los dos por el estilo.

JER. Y luego ésta que es una madraza... En cuanto los vé se la cae la baba... Diferencia va del pobre Aniceto *(Compungido.)*

PIO. ¿Ya vas a empezar a llorar? Señá Patro, ¿por qué no manda usté a éste a los Afligidos? Se le va el tiempo en lágrimas. Lleva tres horas pelando ese gallo.

JER. Hago lo que pueo. Y tú no eres quién pa regañarme. Que yo estoy en el testamento. Has de saber que llevo treinta años en la casa, y que soy más que tú.

PIO. Tú lo que eres es una Magdalena.

JER. ¿Magdalena, yo? ¡Maldita sea! *(Amenazándole con la mano en la cual tiene el ave.)*

PIO. A mí no me alces el gallo.

PAT. Hacer el favor de callaros. Aquí los dos sóis iguales.

JER. Ya lo has oído. Es que éste se cree que es el amo.

PAT. Aquí no hay más ama que yo. Ya lo sabéis. Conque usté, señor Pío, siga pelando ese gallo, y Jeremías que vaya a llevar esa cesta de huevos que han encargao.

JER. ¿También tengo yo que llevar la cesta?

PAT. Tú estás aquí pa lo que yo te mande. ¡Conque hala! ¡hala! Deprisita.

JER. *(Coge una cesta llena de huevos.)* ¡Maldita sea!

Si viviera el señor Aniceto no pasarían estas cosas. (*Vase gimoteando. Patro coge la americana del traje que sacó y se dispone a cepillarlo cuidadosamente.*)

PIO. ¡Vaya con Dios el alegre! ¿Está usté viendo, señá Patro? Con este melancólico no se pué vivir. Siempre está llorando. Y luego en cuanto se le lleva la contraria, me amenaza con que está en el testamento. Que toavía no sé que quié decir con éso.

PAT. Ná. Que como mi pobre marido le quería tanto, dejó dicho en el testamento que se le tuviera en la pollería mientras viviese, y caso de inutilizarse pa el trabajo, que se le pasaran dos pesetas diarias.

PIO. Y toavía se queja el heredero. Si fuá yo... Que estoy tóo el día aquí pelando gallinas y luego me paga usté con tres plumas...

PAT. Pa eso comes en casa.

PIO. También me da usté el cocío pelao. Y no es que yo pida manjares; pero ya comprenderá usté, que pa trabajar hay que comer. Y luego que la vida está mu cara. Yo no pueo reunir nunca pa comprarme un traje. Ya ve usté como voy.

PAT. Ya le tengo dicho que pa el año que viene le subiré el jornal.

PIO. Sí; pero mientras tanto, si usté fuera buena me podría hacer un favor.

PAT. Usté dirá.

PIO. (Voy a empezar la faena.) (*Acercándose a ella muy cariñoso.*) ¿Ese traje que está usté limpiando no era de su difunto marido?

PAT. Este y otros varios que tengo guardaos.

PIO. Y digo yo: si el señor Aniceto no ha de volver más al mundo, ¿pa qué quié usté esa ropa?

PAT. Pa recuerdo.

PIO. Se va a apolillar.

PAT. Pa eso la saco tóos los días. Pa que le de el aire.

PIO. (Menúo aire la daba yo.)

PAT. Esta ropa es el único consuelo que me queda en

la vida. Cuando la saco del baúl pa limpiarla, me hago la ilusión de que él vive aún.

PIO. Sí; pero no es más que ilusión. Y hay que vivir en la realidá, señá Patro. ¿Qué hace la ropa en el baúl? Apolillarse. ¿Qué hace usté en el mundo? Lo mismo.

PAT. En eso tié usté razón. Mi vida no es vida. Y con estos hijos menos.

PIO. (Esto va bien.)

PAT. ¡Ay, Aniceto, cada día te echo más de menos! *(Todos los personajes, cuando nombran a Aniceto miran a arriba.)* ¡Yo no puedo vivir sin tí! ¿Por qué no me llevará Dios contigo? *(Llora.)*

PIO. (Esto va mal.) Señá Patro. Deje usté ya al señor Aniceto que bastante le ha llorao. Que son seis años de lágrimas. Ya no pué tener queja. Y es muy triste que él esté en la gloria y usté esté pasando el purgatorio.

PAT. ¿Y qué voy a hacer?

PIO. Tener un poco de consuelo y de conformidá. A usté le quedan muchos años de vida. Usté es una viuda joven aún. Vamos, es usté una pollera que toavía pué pollear.

PAT. ¿Pa qué? Yo no volvería a encontrar el hombre que he perdío.

PIO. ¡Quién sabe! Hay muchos hombres por el mundo. Las mujeres, y usté más que otras, necesitan la sombra de un hombre. Si a sus chicos les hubiese usté dao un padrastro, no tendrían las uñas tan largas.

PAT. Pué que tenga usté razón.

PIO. (Esto va bien.) ¡El Evangelio, señá Patro! Si aquí hubiese un hombre, sus hijos andarían más derechos; la pollería andaría mejor y usté no estaría tan solita. Que si el hombre necesita pa vivir el calor de una mujer, también la mujer necesita el calorcito de un hombre. Créame usté, señá Patro, a usté le están haciendo falta unos pantalones. *(Se vuelve disimuladamente y se le ve en el pantalón un siete enorme.)*

PAT. Al que le hacen falta unos pantalones es a usté.

PIO. Por eso le pedía ese traje del señor Aniceto, que (e. p. d.) *(Pronunciado así en abreviatura.)*

PAT. Eso sí que no. Prefiero comprarle a usté uno nuevo.

PIO. Cuando usté quiera.

PAT. Esta ropa es sagrá. Y este traje más que ninguno. Fué el último que llevó puesto. Paece que le estoy viendo con él. Paece que le estoy oyendo: ¡Patro! ¡Nenita! ¿Me has limpiao ya la ropa?—Aquí la tiés.—Y se vestía con una satisfacción... Y luego cuando me llamaba pa hacerle el nudo de la corbata, aquello era el acabóse. Lo menos tardaba un cuarto de hora en hacerle el nudo. Claro, no me dejaba. Mimos por aquí... abrazos por allá... Que si te quiero, que tú eres mi vida; como que casi siempre llegaba tarde a los toros.

PIO. (Esto va mal.)

PAT. ¡A los toros! Que era su única diversión. Al único sitio que iba solo. Porque él me llevaba a toas partes. Al café, al teatro, a la verbena... Por eso cuando se iba a los toros tóos los domingos y días de fiesta y yo me quedaba aquí sola, me decía al salir por esa puerta, como consolándome. «Nenita. En cuanto acabe la corría, vengo». Y siempre se salía al último toro para llegar antes. Pero ya se acabó tó. Ya no le pueo esperar. Ya sé que no vuelves, Aniceto. Ya sé que estás ahí. Pero yo no te olvido.

PIO. (Esto va mal.)

PAT. ¡Tú has sío muy grande pa mí! Yo no volveré a querer a nadie.

PIO. (Eso es querer.)

PAT. Pa mí no habrá otro como tú. A tóos los demás los desprecio.

PIO. (Eso es insultar.)

PAT. Yo te querré siempre, Aniceto. ¡Siempre! ¡Siempre! ¡Siempre! *(Recoge la ropa y el cepillo y vase llorando a lágrima viva.)*

PIO. Siempre está lo mismo. Esta mujer quié a su marío más muerto que vivo. Es una pollera mu dura de pelar. Ahora que yo no pierdo las esperan-

zas. ¡Aniceto! Tú que estarás a la diestra e Dios padre, ponme a la izquierda de la señá Patro. Cédemela. Después de tóo tú no has de volver por aquí; ¿pa qué la quieres? Yo ocuparé tu puesto dignamente. La querré tanto como tú la has querío. Haré con ella lo que has hecho tú y más si hace falta. ¡Aniceto! Tú que eres un santo, no te me pongas de espaldas... Ayúdame. Haz que se enamore de mí. De rodillas te lo pido. Mira que la estoy queriendo. *(Aparece la cocinera, que le sorprende de rodillas.)*

Coc. Buenos días.

Pio. Hola, pichona.

Coc. ¿Qué hacía usté de rodillas?

Pio. Estaba haciendo penitencia.

Coc. Estaría usté pidiendo perdón por los pecados que comete con la parroquia. Digo esto, porque el otro día me largó usté un pollo más duro que el cemento. A ver si al que me dé usté hoy se le pué hincar el diente.

Pio. Hoy te voy a dar un pollo tan tierno que, como no le quieras, se va a echar a llorar.

Coc. A ver si es verdá eso.

Pio. *(Saca un pollo ya pelado.)* Míralo. Esto es manteca. Más blando es que mi corazón.

Coc. No. Lo que es su corazón debe ser bien duro. Paece mentira que a sus años no haya usté querío de veras a ninguna mujer.

Pio. Te equivocas Yo las he querío a toas. Y las sigo queriendo.

Coc. Lo que hace falta es que quiá usté a una sola.

Pio. Eso es más difícil. Yo no pongo tóo mi cariño en una mujer, así como así. Además, que mi cariño es tan grande, que es mucho pa una sola.

Coc. ¿Pero usté sabe siquiá lo que es cariño?

Pio. ¡No lo he de saber! Si precisamente soy un oculista en eso del amor. Porque el amor entra por los ojos y no es más que una enfermedá que salta a la vista. Hay amor miope, que es lo que tién esos gachós que se echan encima pa ver a una mujer. De vista cansá, que son los que están

cansaos de ver mujeres, y saben que hay que mirarlas con lentes. Los hay bizcos, que son esos que paece que están mirando a una y están viendo a otra. Y, por último, los hay que se quedan ciegos de amor, que son esos pobres que van siempre detrás de una mujer, que a veces es un perro, pidiendo una limosna de cariño.

COC. ¿Y usté padece alguna de esas enfermedades?

PIO. Yo no tengo más que algo de debilidad en las niñas. Alguna vez se me suele extraviar la vista, pero eso es natural... Viendo mujeres como tú...

COC. Que me mira usté con mu buenos ojos.

PIO. Pa buenos y bonitos los tuyos.

COC. Bueno, señor Pío, que está usté mu débil. ¿Cuánto es este pollo?

PIO. Diez del ala.

COC. Ahí van. Y que usté se alivie. *(Vase.)*

PIO. Adiós, mi ojito derecho. Esta chica es un reconstituyente brutal. *(Aparece Jeremías.)*

JER. Ya estoy aquí. ¿Qué, he tardao?

PIO. No, hombre, no. Has venío pronto y alegre, de lo cual me alegro.

JER. ¿Alegre yo? No lo creas. ¿Quién va a tener alegría en esta casa con las cosas que están pasando?

PIO. Pero hombre, si aquí no pasa ná. No seas pesimista. Lo que pasa aquí, pasa en toas partes donde hay padres, hijos y primos como tú y como yo. De modo que anda, sácame la pelliza que tengo que ir a los Mostenses.

JER. ¿Que te saque la pelliza? ¿Pero tú te has creío que yo soy criao tuyo?

PIO. Te he dicho que saques la pelliza. Tú estás aquí pa los recaos. Y ese es un recao. Conque, ¡hala! ¡hala! Vivito y sin llorar.

JER. ¡Maldita sea! ¿Tú ves esto, Aniceto? ¿Tú ves lo que me está a mí pasando? Esto no pué ser. Yo me voy. Que me den las dos pesetas. ¡Yo me jubilo! ¡Yo me jubilo! *(Vase gimoteando como siempre.)*

PIO. Este acaba limpiándome las botas. ¡Qué duda cabe! Si en esta vida no hay más que echarse pa

alante y decidirse. Yo he entrao aquí decidío a hacerme el dueño, y lo seré. ¡Qué duda cabe! *(Jeremías con la pelliza.)*

JER. Aquí tiés la pelliza. ¿Quiés que te la ponga también?

PIO. Te lo agradezco. *(Le ayuda a ponérsela.)* Gracias, hombre. Toma. *(Le da una perra.)*

JER. Quita de ahí. No pido limosna.

PIO. Bueno, si acaso pregunta la señá Patro, la dices que he ido a los Monteses a hacer unos pagos.

JER. Adiós, hombre, adiós.

PIO. *(Vase cantando.)* Que yo penitas no quiero. ¡Vaya estilo!

JER. Este Pío es un tuno mu grande. Cree que yo no le he visto venir. Se ha ganao las simpatías de la señá Patro, y hace lo que le dá la gana. Pero ya se le acabará. *(Aparece Bernabé. Es un cabo de barrenderos. Lleva impermeable y bastón.)*

BER. ¿Qué hay, alegre Jeremías?

JER. Lo de siempre, Bernabé. ¿Qué te trae por aquí?

BER. Venía a ver si estaba Domingo.

JER. Acostao está. Ha venío a las ocho e la mañana.

BER. Eso lo hace quien puede.

JER. Pus tú no te pués quejar. Tiés un empleillo seguro. Ahora siendo cabo ganarás más.

BER. ¿Y qué crees tú que gana un cabo de barrenderos? Una basura.

JER. Amos, no digas. Que yo sé que tú tiés ahorrillos. Que tú eres de los que barren pa dentro.

BER. No lo creas. Está tóo mu caro. Están los comestibles que te comen. Por eso me gustaría que se casara mi sobrina con el hijo de la señá Patro. Así cambiaría la situación.

JER. Lo que hace falta es que cambie él.

BER. A ése ya le haré yo cambiar. Anda, dile que salga, que está aquí su futuro subsuegro. Y déjanos solos, que voy a darle un recorrío.

JER. Ya, ya. Te entiendo. Te entiendo. Voy a llamarle.

BER. Bueno. Y que tié esta tiendecita unas vistas... que se va la vista. La de cosas buenas que hay

aquí, y yo a régimen forzoso. Aquí es donde se ve la honradez de los hombres. Otro en mi puesto echaría mano de cualquier ave. Pero yo... ¡Ave María Purísima! Ya me podían dejar aquí seis meses. Que no tocaba ná aunque tuviá más hambre que en el Volga. Tiempo me quedará a mí pa chupar del bote. *(Aparece Domingo.)*

DOM. Señor Bernabé.

BER. ¡Hola Dominguillo!

DOM. ¿Se ha arreglao éso?

BER. Arreglao.

DOM. ¿Pero Carmela está conforme?

BER. Encantá, hombre, encantá.

DOM. ¿Y usté cree que hará bien el papel?

BER. Ahora hemos estao ensayándolo, y te garantizo que va a estar eminentísima. Sobre tóo en el momento ese cuando yo la digo desesperadamente: ¡Mala mujer! ¿Tú sabes la mancha que has echao en nuestra familia? Bueno. Se hinca de rodillas de un modo y me pide perdón de una manera, que emociona. Mi sobrina es una ingénua. Como que si no fuera porque se va a casar contigo, la dedicaba a cupletista trágica.

DOM. Lo que hace falta es que mi madre se trague el paquete.

BER. Tu madre se traga el lío este que vamos a armar, como me llamo Bernabé. Claro que yo consiento que mi sobrina haga esta comedia, porque te quié a cegar, y de otro modo no te vas a casar con ella ni a los sesenta años.

DOM. Como que es la única solución. Yo, la verdad, señor Bernabé: No quió seguir la carrera, porque estoy cansao. Y además estoy convencío de que hasta que no me case, no voy a sentar la cabeza. Y el único medio de casarme en seguida es hacerle ver a mi madre que entre su sobrina y yo han pasao cosas, y que urge ir a la iglesia a toa velocidá. Mi madre es buena, y tengo la seguridá de que nos casa antes y con antes. Y como yo no tengo oficio ni beneficio, me pondrá un estable-

cimiento en cualquier plaza, pa que podamos vivir su sobrina y yo.

BER. Y que podéis vivir al pelo. Hoy un establecimiento es una mina. Dá más que una carrera.

DOM. Sobre tóo, que yo la digo a mi madre ahora que no quiero estudiar más y encima que quiero casarme y me mata.

BER. No, hombre, no. Si la cosa no está mal pensá. No es más que un poco bochornosa, sobre tóo pa mi sobrina.

DOM. Hombre, sería bochornoso si la cosa fuá verdá. Pero ya sabe usté, señor Bernabé, que yo respeto a su sobrina y que entre ella y yo no ha pasao ná que no sea honrao.

BER. Ni Dios quiera. Porque en cuanto pasara tanto así, el que te mataba era yo. Que al fin y al cabo mi sobrina es como si fuá mi hija. Yo no tengo en el mundo a nadie más que a ella, y ella na más que a mí.

DOM. No tenga usté cuidao, que no pasará ná. Lo que pasará es que nos casaremos y que seremos felices.

BER. Eso es. Seréis felices, y comeremos perdices. Porque yo me iré con vosotros.

DOM. Usté, como si fuera mi padre.

BER. Gracias, hombre, gracias. Y que tengo yo pocas ganas de comer cosas de estas... Sobre tóo la carne de pato. ¿Oye, Domingo, que vale ese pato?

DOM. Ese pato, nada.

BER. Dime lo que vale, hombre.

DOM. Le digo a usté que nada. Se lo regalo yo. Ahí va. *(Le da el pato.)*

BER. Gracias, Dominguillo. (Ya tengo cena.) Bueno. Y cuando tú quieras venimos la chica y yo y damos el golpe.

DOM. Cuanto antes mejor.

BER. Pus dentro de un rato nos tiés aquí. Ya sabes que yo te voy a insultar y que quizás te de algún estacazo. Pero es que estas cosas hay que hacerlas bien.

DOM. Usté dispone de mí pa lo que quiera.

BER. Hago esta salvedá, porque luego no se vaya a estropear la cosa y tenga yo que pagar el pato.

DOM. Que no tenga usté cuidao, hombre. Vaya usté tranquilo.

BER. Bueno, pues hasta ahora. *(Vase.)*

DOM. Adiós, señor Bernabé. ¡Si supiera mi madrecita la que la tengo preparada; Dios quiera que salga bien! Es la única solución de mi vida. Dejo de estudiar lo que no estudiaba; me caso con Carmela, que es una madrileñita que me ha llegao al lao izquierdo; me pone mi madre una pollería bien; allí me pone un encargao bien, y a vivir bien. Vamos, a vivir, si no me mata mi madre. *(Aparece Jeremías.)*

JER. ¿Se ha ido ya Bernabé?

DOM. Sí. Ya se ha ido. Pero no tardará en volver. ¡Ay, Jeremías! Lo que va a pasar hoy en esta casa va a ser una jornada sangrienta.

JER. ¿Es que pasa algo grave?

DOM. Grave es poco. Ya verá usté dentro e un rato lo que va a pasar. Miedo me da. En fin, voy a echarme un rato, por si es el último sueño de mi vida. *(Vase.)*

JER. ¿Qué pasará? Y luego dice el fresco de Pío que no pasa ná. Ya lo creo que pasa. Yo no se lo que irá a pasar; pero que aquí pasa algo gordo, eso es mas viejo que yo. *(Aparece Patro.)*

PAT. ¿Y Pío? ¿Dónde está Pío?

JER. No sé. Se ha ido. Ya sabe usté que se va cuando quiere y viene cuando le da la gana.

PAT. Eso, no. Habrá ido a algún recao.

JER. Creo que ha ido a los Mostenses.

PAT. Entonces ha ido a su obligación. Tú también parece que la tiés tomá con él.

JER. Yo lo que digo es que ese tuno ca día se mete más en la casa. Ese anda tras de ocupar el puesto que yo me sé. Y ese puesto... ¡Ay, Aniceto, Aniceto!

PAT. ¡Cuidaito con lo que dices, Jeremías! El puesto de aquel santo no le ocupa nadie. Pío lo único

que hace es trabajar tóo lo que puede y tomarse mucho interés por la casa.

PIO. *(Que sorprende las últimas frases.)* Muchas gracias, señá Patro. No sabe usté lo que la agradezco que defienda mi honorabilidá y mi labor. Es usté la única que lo reconoce. Tóos los demás son a pisarme el terreno y a decirme ironías. Ahora mismo en los Mostenses, regateando unas cantidades a su favor, porque sabrá usté que la he ahorrao ochenta y tres pesetas con diez céntimos, ha habido uno que ha dicho, dejándose caer: «¡Gachó! ¡Ni que fuás a heredar a la señá Patro!» Lo cual que yo le he contestao: «Yo no hago más que defender los intereses de esa señora, que es la dueña y señora.»

PAT. Gracias, Pío.

PIO. De ná. (Esto va bien.) Y que conste que yo me tomo tóo este interés sin ningún interés. Porque si alguna vez me he quejao del jornal y de la alimentación, ha sido únicamente porque usté no creyera que era un desgraciao que no tenía aspiraciones. Por lo demás, a mí me da usté patatas solas, y como si me diera faisanes. A mí me da usté cuatro reales de jornal, y como si me diera cuatro mil duros.

JER. (Vaya un gachó que se ha metío en esta casa.)

PIO. Esto lo hago yo por usté, que tóo se lo merece. La lástima es que tenga usté unos hijos tan sinvergüenzas, que no sepan reconocer la madre que tienen. La pena es que lleve usté una vida tan amarga. No siento más que no ser un segundo señor Aniceto, pa poder aspirar a ocupar su puesto y llenar el hueco tan grande que ha dejao en esta casa.

JER. (¡Vaya un tuno! Este hace a pluma y a pelo.)

PAT. Sí que es difícil. El puesto que mi Aniceto dejó, no hay quien lo ocupe. ¡Era mucho hombre! ¡Estoy convencía que no pué ser! No pué ser.

PIO. (¡No pué ser! ¡No pué ser!) *(Aparece Carmela, que viene toda despeinada y llorando de un modo que parte los corazones.)*

CAR. ¡Socorro! ¡Favor! ¡Señor Pío! ¡Señor Jeremías! ¡Señá Patro! *(Esto lo dice yendo de un lado a otro despavorida y abrazándose a todos los personajes, según los va nombrando.)* ¡Ampáreme usté que me mata! ¡Señá Patro, me mata!

PAT. ¿Qué te pasa, chica, qué te pasa? *(Aparece Bernabé con un garrote en la mano.)*

BER. ¿Dónde está esa mala mujer? ¿Dónde está esa perra?

PAT. ¿Pero qué pasa, señor Bernabé?

BER. ¿Qué ha de pasar? Que esa desventurada criatura ha tirao por el suelo la honra de su familia.

PAT. Pero bueno, ¿qué es lo que ocurre?

BER. No pueo ni hablar, señá Patro. Haga usted el favor de decir a su hijo Domingo que salga en seguida. ¡Qué vergüenza! (Yo creo que esto va bien.)

PAT. *(Asustada y sin soltar a Carmela.)* ¡Domingo! ¡Domingo!

JER. (Ya empieza la jornada.)

PIO. (¿Lo ves, Aniceto, como tiés que ayudarme?) *(Aparece Domingo.)*

DOM. ¿Quién me llama? *(Al ver a Bernabé y fingiendo una gran sorpresa.)* ¡Ah! ¿Es usté?

BER. ¡Granuja! ¡Canalla!

DOM. Basta, señor Bernabé. Ya sé a lo que viene.

BER. ¿Lo sabes, verdá? ¿Y has dao lugar a ello? ¡Mal hombre! *(Enarbola el garrote y se dirige a pegar a Domingo, que huye. Todos los personajes le quieren sujetar. Pero él, fingiendo una gran locura, se lía a dar palos a diestro y siniestro, dando fuertes voces de ¡Canallas! ¡Sinvergüenzas! Por fin, Pio le sujeta.)*

PIO. Vamos, señor Bernabé. *(Sujetándole por detrás.)*

PAT. ¿Pero está usté loco?

BER. Señá Patro, no sé lo que hago.

PIO. Pus yo sí. Que te has liao a palos con tóo el mundo.

PAT. Pero, hijo mío, ¿quiés explicarme qué pasa aquí?

DOM. Madre, perdóneme usté. El señor Bernabé tié

razón. ¡Soy un canalla! Abusando de su confianza y abusando de la inocencia de Carmela, la he engañao.

CAR. Eso no, Domingo. Tú no me has engañao. ¡Tú no eres malo! La mala soy yo. ¡Yo que te quería con toa mi alma! ¡Yo que te quiero con todo mi corazón! *(De rodillas y besando las manos de Patro.)* ¡Perdón, señá Patro! ¡Yo soy solo la culpable!

BER. (Es una trágica.)

CAR. *(Sin levantar del suelo la rodilla, se vuelve hacia Bernabé.)* Perdóneme usté también, tío de mi vida. ¿Pero, qué? ¿Le he llamao a usté tío? ¡Perdóneme! Yo debo llamarle padre de mi alma. Porque usté ha sío un padre pa mí. Usté es bueno. Usté tié buen corazón. Usté perdonará a esta desgraciá, que apenas empezó a vivir empezó a sufrir las amarguras del amor. Déjeme que bese sus manos protectoras. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! *(A cada perdón le da un beso.)*

BER. (Es una ingénua.)

PIO. Bueno. Total, señá Patro. Que ya se habrá usté dao cuenta del argumento de esta tragedia amorosa. Y que el final ya sabe usté cuál es: Sacar unas pesetas del Banco. Hacerles el equipo. Avisar el cochecito con cascabeles. Unos cuantos gritos de ¡Vivan los novios! y telón rápido.

BER. Me alegro que hayas visto el final así, y que la señá Patro lo vea lo mismo, porque si no, en vez de la boda iban a ser uno o varios entierros.

DOM. De eso no hay que hablar. Yo estoy dispuesto a casarme mañana mismo.

PAT. Bueno, ¿y tú con qué cuentas pa mantener a tu señora.

DOM. Cuento con usté.

PAT. ¿De modo que aquí de lo que se trata es de que en lugar de mantener a uno solo tengo que mantener a tres?

BER. Conmigo no cuente usté, señora Patro. Yo como de lo mío.

PAT. No Si no lo digo por usté. Lo digo por lo que pueda venir. Si es que viene.

BER. Que creo que viene Yo he sabío la noticia con cuatro meses de retraso. Por eso convendría adelantar lo que se ha atrasao

PAT. Me paece que no adelantamos ná. Usté ya sabe, Bernabé, las condiciones de mi hijo. Hoy por hoy no gana pa mantenerla. De modo que aguardaremos a que termine la carrera.

DOM. Es que yo había pensao dejar los estudios.

PAT. Me parece muy bien. Buscas un oficio o una colocación donde ganarte la vida y en seguida a casarte.

BER. Pero, señá Patro. ¿Es que vamos a aguardar a que éste se coloque? Eso no pué ser. Esta es una mancha que hay que lavarla en seguida. Y yo espero que usté que es buena y bondadosa...

PAT. No me dé usté jabón, que se lavará. Por lo pronto mi hijo se va al arroyo.

DOM. ¿Qué dice usté, madre?

PAT. Lo que oyes. Ya estoy cansá de que me dés disgustos y de mantenerte. Estoy mu harta de tí.

DOM. ¿Y dónde quié usté que me vaya?

PAT. Pus mira, te vas con el señor Bernabé.

BER: ¿Conmigo? ¿De móo que quié usté que cargue con él y con la chica?

PAT. No. Eso no. Vamos a hacer una cosa bien. Una cosa que se salga de lo corriente. Usté se lleva al chico y yo me quedo con la chica. Así cambiamos.

BER. Hombre, ¿cómo quié usté que yo deje a mi sobrina en una casa extraña?

PIO. Más segura está que en la tuya. Porque allí ya ves lo que le ha pasao.

PAT. Na, na. Usté se lleva a mi hijo y a ver si pué hacer carrera de él.

BER. ¿Pero no oye usté que no quié estudiar? ¿Qué voy a hacer con él?

PIO. Mételo a barrendero.

PAT. Lo que sea. El caso es que ya que está decidío a no estudiar más, trabaje en alguna cosa. Y el día

que ganes un jornal pa mantenerla, vienes por ella, que aquí está.

CAR. ¿De modo que hasta que él no gane pa mantenerme, no nos podemos casar? ¡Dios mío, qué desgracia! ¡Qué vida me espera!

PAT. Tú no te apures, que a mi lao no te faltará ná. Vas a estar mejor que en tu casa.

BER. Hombre, yo creo que lo que ha pensao usté es un imposible.

DOM. *(Aparte a Bernabé.)* Cállese usté que lo estropea.

BER. Usté no se ha dao cuenta de que su hijo...

DOM. *(Aparte. Tirándole de la americana.)* Vámonos.

BER. De que su hijo... Bueno, vámonos. Ahora, que usté me ayudará a mantenerle hasta que él trabaje. Si no en dinero en comestibles.

PAT. Sí, hombre, eso sí. Usté viene aquí de vez en cuando y yo le daré alguna cosilla.

BER. Yo creo que debíamos empezar desde ahora mismo. Porque es que hoy, precisamente, con estos belenes, pus no se ha puesto cocido en casa.

PAT. Ande, Pío, dele algo al señor Bernabé.

PIO. ¿Quié usté que le dé un capón?

BER. Dame un par de pichones, que son más blandos.

PIO. Toma. *(Le da los pichones.)*

BER. Gracias. Bueno, pus hasta que usté disponga, y Dios quiera que su hijo trabaje.

CAR. Adiós, tío. ¿Me perdona usté?

BER. ¿Qué voy a hacer sino perdonarte? Adiós. *(La abraza y la besa.)* (Te vas a hinchar de comer gallina). Adiós, señores. Adiós, señá Patro. Y mándeme usté lo que quiera. *(Dándola la mano.)*

DOM. Adiós, Carmela. *(Abrazándola.)*

CAR. Adiós, que seas bueno. Que trabajes y que no me olvides.

DOM. No te apures, Carmela. Te querré, trabajaré, te buscaré y me casaré. (Esto está arreglao la semana que viene.) Adiós, madre. *(La abraza.)*

PAT. Adiós, hijo.

DOM. Yo le juro a usté que el día que yo vuelva a esta casa seré otro hombre.

PAT. Eso es lo que yo quiero.

DOM. Si hubiese vivido mi padre esto se hubiese arreglao de otra manera. Pero, en fin, que se le va a hacer. Déjemela usté otro poquito. *(Refiriéndose a Carmela que ha vuelto a abrazar a su tío. La abraza él.)*

BER. Amos, hombre, que te ciegas.

DOM. Vámonos, señor Bernabé. *(Fingiendo una gran tristeza y abrazando a Bernabé.)*

BER. Quedar con Dios. *(Vanse abrazados.)*

PIO. Adiós, pichones.

PAT. Se me parte el alma al verle salir. ¡Hijo mío! ¿Porqué habrás sío así? *(Llora.)*

CAR. No llore usté, seña Patro. Que él será bueno.

PAT. ¡Dios lo quiera! Dios, y ese santo que está allí arriba. *(Se echa a llorar abrazando a Carmela.)*

JER. *(Llorando.)* ¡Ay, si levantaras la cabeza!

PIO. *(También mirando a arriba.)* Ya lo ves, Aniceto. Si no entro en el corazón de tu mujer, de esta pollería no van a quedar ni los despojos.

TELÓN RÁPIDO



ACTO SEGUNDO

Trastienda de la pollería, que sirve al propio tiempo de comedor En el foro dos ventanas grandes, por las que se verá un patio típico de barrios bajos. En el hueco que dejarán las dos ventanas, un aparador. En primer lateral derecha puerta que comunica con la tienda. En lateral izquierda, otra que da paso a las habitaciones interiores. En uno de los ángulos de la habitación, una mesita pequeña y sobre ella un gramófono cubierto con un paño negro. En la pared, y encima del gramófono, una cabeza de toro disecada y debajo dos banderillas cruzadas. En otro de los laterales un cartel de toros muy antiguo. En el centro de la escena mesa de comedor cubierta con tapete y sobre ella, pendiendo del techo, aparato de luz. Varias sillas y un sofá: algún cuadro por las paredes.

Al levantarse el telón aparece PÍO sentado a la mesa haciendo cuentas en un libro. Delante de él tiene una botella de aguardiente y una copita.

PIO. Sesenta y siete y cinco, setenta y dos. *(Bebe una copita)*. Y llevo siete. A este paso me bebo la botella. Bueno, llevaba siete. Siete y dos, nueve, y tres, doce. Doce y cinco, diez y siete. Total... total, que me voy a echar un rato. A mí las cuentas me marean. Vamos, lo que más me marea es el aguardiente. Pero es que yo, cuando estoy sumando, no me puedo substraer. *(Se tumba en el sofá.)* Luego es un aguardiente que quita la cabeza. Yo no sé dónde la tengo. ¡Ay, Dios mío! Y la señá Patro en el cementerio. ¿Qué habrá pasao esta tarde? Con lo entusiasmá que ha ido ella a llevarle flores a su difunto Aniceto. Hoy hace seis años que murió, y de hoy depende mi felicidá.

Tengo más miedo que vergüenza. ¿Qué habrá pasao esta tarde? *(Se queda dormido y aparece Jeremías.)*

JER. ¡Pío! ¡Pío! Ná, se ha quedao dormío. Así se pasa la vida. Tumbao a la bartola. Bien se ha metío en la casa, bien. Por lo pronto ya se ha quedao de encargao, y es el que lleva las cuentas de tóo. La que dice el refrán: «Administrador que administra y enfermo que enjuaga, algo traga». Ese puesto debía estar ocupándolo yo. Yo era el que debía estar tumbao. Y no que estoy de pie. De pie desde las cinco de la mañana. Si viviera quien debía vivir, mejor viviría yo. ¡Pío! ¡Pío! *(Zarandeándole suavemente).*

PIO. ¿Qué pasa? ¿Has cerrao la tienda?

JER. ¿Pero no sabes que es día e fiesta y hemos cerrao a la una?

PIO. Dispensa, hombre. Estaba en el otro mundo. (No se me va el cementerio de la cabeza.)

JER. Te llamo, porque ahí hay una señora que quié hablar contigo. Dice que se llama Perpétua.

PIO. (La de la sepultura). ¿Está ahí en la tienda?

JER. Sí. Ahí está aguardando.

PIO. Voy en seguida. Tómate una copita si quieres. Pero ten cuidao no te vayas a emborrachar. Porque lo que es si te emborrachas y te da llorona... *(Vase.)*

JER. Amos, anda, anda. Que siempre estás con lo mismo. Ya te tocará a tí llorar. Que a toos nos llega. ¡Qué jaleos se traerá este tunante!... Esto debe ser algún apaño... Y eso que es algo vieja. Pero éste lo aprovecha tóo. Y yo también voy a aprovecharme. *(Bebe con la botella).* Y voy a beber con la botella. Pa qué voy a andar con copitas. ¡Vaya un aguardiente que se gasta! Este ha nacío pa vivir a lo grande. Claro que pa eso hemos nacío tóos. Si yo tuviá veinte años menos, aquí el que llevaba las cuentas era yo. Voy a echarme otro trago... *(Bebe.)* Esto es lo único que me alegra. Algunos tengo echaos con el pobre Aniceto... ¡Aniceto! ¡No te quejarás! Que hoy

ha ido a verte la Patro. Pocas mujeres se encuentran como ésa. Dispensa que yo no haya ido. Soy ya muy viejo para ir hasta el Este. Vaya otro traguito por tu memoria. *(Canta con la botella en la mano.)*

Las estrellitas del cielo
las cuento y no están cabales; *(Bebe.)*
faltan la tuya y la mía.

Ahí viene Pío. *(Deja la botella en la mesa y vuelve a adoptar su actitud tristona de siempre). (Entra Pío.)* ¡Ay, Dios mío! Cuánto tarda la señá Patro. ¿La habrá pasao algo?

PIO. No, hombre, ¿qué la va a pasar?

JER. Es que siempre que hace años de la muerte de Aniceto, viene mala.

PIO. (Pues hoy va a venir buena.) Anda. Salte a la tienda por si acaso llaman.

JER. En seguida. *(Inicia el mutis y, distraído, comienza a cantar por lo bajo):*

Las estrellitas del cielo...

PIO. ¿Pero es que estás cantando?

JER. No, no. Si es que decía... Las estrellitas del cielo... ¡Sí, sí! Bueno estoy yo pa cantar. ¡Tengo hoy un día más triste! ¡Ay, Dios mío de mi vida! *(Vase gimoteando.)*

PIO. Pa mí si que va a ser un día de recuerdos. Me estaba hablando esa mujer en la pollería y se me estaba poniendo carne de gallina. ¡Perdóname, Aniceto! Yo comprendo que he hecho mal, pero no había más remedio. *(Aparece Carmela algo mejor de ropa que en el primer acto.)*

CAR. ¿Toavía no ha vuelto la señá Patro?

PIO. Toavía no.

CAR. ¡Qué mujer! Cuando va al cementerio, no sabe salir de allí. ¡Qué ganas de pasar malos ratos! Yo creo que conque fuese el día e los Santos, era ya bastante. ¿Verdá, señor Pío?...

PIO. Y sobra. Después de tóo, no se va más que a sufrir. (Y más hoy.)

CAR. Pa eso quería que fuese yo con ella. Y si no es por usté, me hace ir a la fuerza. ¡Hay que ver!

En tres meses que llevo aquí, ya he ido a acompañarla no sé cuántas veces. Por lo visto pa ella es una distracción. Pero lo que es pa mí...

Pio. Por eso la he aconsejao, que ya que no te lleva de paseo, que te deje en casa.

Car. No sabe usté lo que se lo agradezco. Mucho me aburro aquí, pero ¡qué le vamos a hacer!

Pio. A tí te gustaría más salir los domingos con Domingo.

Car. Figúrese usté. Pero eso va pa largo. Tres meses llevo sin salir a la calle, más que acompañá de la seña Patro. Tres meses encerrá en esta casa, que es peor que la galera. No tié más vistas que las ventanas que dan al patio... Y luego a acostarse a las nueve e la noche. Y porque una vez intenté tocar el gramófono, por poco me pega.

Pio. Aquí hasta el gramofono está de luto.

Car. Qué ganas tengo que trabaje Domingo pa casarme con él y salir de esta casa. ¡Vaya una vida! Hasta que un día me canse y suelte tóo lo que llevo dentro. Ca día me está pesando más lo que hice.

Pio. Claro que te pesará. A toas les pasa lo mismo. Las cosas se miran antes. Ya sabías tú qué clase de pájaro era Domingo. Ya sabías tú que no estaba en condiciones de formar el nido en seguida. Que era un pájaro, que aunque volaba solo, tenía que venir siempre a que su madre le diera de comer.

Car. Yo lo sabía tóo. Sabía que Domingo es un madrileñito, como él dice, que tié mu buenos sentimientos y mucho corazón pa querer. ¿Que le gusta divertirse? Hace bien. Yo si fuese hombre haría lo mismo. Además, a mí me gustan los hombres así. Juerguistas y jaraneros. Que hayan corrío mucho. Esos son los mejores pa el matrimonio.

Pio. No tién más que un inconveniente: que como han corrío tanto, en cada lao se han ido dejando un poco de juventú y de corazón, y cuando se casan, les queda muy poco. Las escurriduras.

CAR. Pero los tié usté seguros. En cambio, con uno de esos que no han visto el mundo, en cuanto levantan la tapa, se queda usté sin él. Aparte de que Domingo no ha hecho en su vida más que beber, cantar y bailar. Pero querer, no ha querío a nadie más que a mí. De eso tengo pruebas.

PIO. Sí. A las pruebas me remito.

CAR. ¿Por qué dice usté eso?

PIO. Lo digo por lo que te ha ocurrío.

CAR. Pero si a mí no me ha ocurrío na. Ya estoy yo harta de pasar por lo que no ha pasao. Ha de saber usté, que entre Domingo y yo no ha habío más que conversación.

PIO. ¿Qué dices, chica?

CAR. Lo que usté oye, señor Pío. Esto fué una combinación que se le ocurrió a él pa ver si su madre nos casaba antes y con antes. A mi tío le pareció bien y a mí no me pareció mal. Pero esto se prolonga demasiao, y no me dá la gana de estar pasando por lo que no es y de estar metía en este presidio. Vamos, que yo como mu bien y visto mejor que en mi casa; pero, la verdá, esta vida no es para mí. Yo quiero libertá; yo quiero alegría; yo quiero que me dé el aire y el sol. Que toavía soy mu joven, señor Pío.

PIO. ¿Pero estás hablando en serio, o me estás tomando la calvicie?

CAR. ¡Muy en serio! Y esto no se lo he confesao ya a a la señá Patro, porque me ha dao reparo. Pero no va a tardar mucho.

PIO. Pues hija, si eso es verdá, mejor dicho, si lo que has estao haciendo hasta ahora era mentira, te aconsejo que te dediques al arte dramático. Porque la Xirgu a tu lao hace el ridículo. No. Y el señor Bernabé tampoco es cualquier cosa. ¡Menúo barba! Si le da por dedicarse al teatro, los barre a tóos. Pero que habéis tenío un lleno. Ahora que en cuanto se entere la señá Patro, os va a patear la cabeza.

CAR. Que pase lo que quiera. Yo lo descubro tóo, porque no pueo seguir así. *(Se oye por dentro la*

voz de Patro, como regañando con Jeremías; dice: ¡CANALLA! ¡GRANUJA!

PIO. Parece que oigo voces. Sí. Es la señá Patro. *(Entra en escena Patro, seguida de Jeremías. Viene con velo y un gran manojo de flores en la mano.)*

JER. ¿Qué te pasa, mujer, qué te pasa?

PAT. Déjeme usté en paz, hombre, déjeme usté. ¡Maldita sea la hora en que me casé con él! *(Tira las flores en la mesa.)* ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡No mereces otro nombre!

PIO. ¿Pero que le ha pasao a usté, señá Patro?

PAT. Calle usté, Pío. Cuando se lo cuente se va usté a quear helao.

PIO. (Estoy sudando el quilo).

PAT. Oye, Carmela. Haz el favor de darme un poco de agua que estoy que me ahogo. *(Carmela va a servírselo.)* ¡Qué desengaño más grande!

CAR. *(Sirviéndole el agua.)* ¿Es que le ha ocurrío a usté algo?

PAT. Sí, hija mía, sí. Una cosa tremenda. ¿Tú te acuerdas la última vez que estuvimos en el cementerio, de una individua, no mal parecía, que estaba llorando en la sepultura de mi marido?

CAR. Sí, que recuerdo, sí. Por cierto que usté la dijo: «Señora: usté se ha debío equivocar de tumba». Y entonces ella se puso mu colorá, dió media vuelta y se fué sin decir palabra.

PAT. Bueno, pues no se había equivocao. Porque hoy, cuando he ido, me la he vuelto a encontrar echando flores sobre la sepultura, llorando cómo una Magdalena y diciendo a gritos: «¡Ay, Aniceto, qué bueno eras! ¡Cuánto te echo de menos! ¡No puedo vivir sin tí!» Bueno, yo al oir aquello, me quedé más muerta que viva. Conque me repongo un poco, y la digo: «¿Usté sabe a quién está llorando?» Y va y me dice mu tranquila: «¡Pues no lo he de saber! A Aniceto Cuesta. ¡Fué mi hombre!». Total, que nos hemos liao a palabras, y que no la he arrastrao por el cementerio, por no dar allí un espectáculo.

PIO. (Perdóname Aniceto).

CAR. De modo que esa mujer era...

PAT. Era una amante de mi marido. Nunca lo hubiese creído en él. Pero yo la he obligao a que me lo confiese tóo, y he sabío toa la verdá. Llevaban la mar de años de relaciones. ¡Y yo en la higuera! ¡Tonta e mí! Lo que siento es que a él ya no le pueo hacer na; más que olvidarle. Pero a ella... A ella ya la he dicho tóo lo peor que se le pué decir a una mujer.

PIO. ¿Y ella, qué decía?

PAT. Ella no ha dicho ni pío.

PIO. (Menos mal).

PAT. Y si llega a contestarme algo, yo creo que los entierro juntos. En fin, que vaya toas las veces que quiera al cementerio, que lo que es yo no vuelvo allí hasta que no me entierren. Y además, no voy a ir al Este, voy a ir al otro. Porque voy a dejar dicho en el testamento que me entierren por lo civil.

CAR. Ya me dió a mí mala espina aquella mujer. Lo que me extraña, es que en tanto tiempo no la haya usté visto nunca.

PAT. Es que, según dice ella, iba de tarde en tarde, y siempre por las mañanas pa que yo no la viera. Pero Dios ha querido que nos encontremos al fin.

JER. Y a mí que me cuesta trabajo creerlo...

PIO. Pero si lo ha visto ella palpablemente.

PAT. Qué va decir éste. Si pué que esté enterao de tóo. ¿No ves que era el correveidile de mi marío? Así le dejó en el testamento. Los favores hay que pagarlos.

JER. Patro, no te consiento que digas éso. Yo te juro por él, que estará en la gloria, que no sabía ná.

PAT. ¿Pero tú crees que después de lo que estaba haciendo conmigo, va a estar en la gloria? Ese está ahí abajo, en el último rincón del infierno.

PIO. ¡Perdóname, Aniceto! *(Mirando abajo.)*

JER. *(Mirando al suelo también.)* ¡Anda, sóo tuno! Que nos has estao dando gato por liebre.

PAT. En fin, ya se acabó tóo. No quieo hablar más de

este asunto. Toma, Carmela, guarda este velo en la cómoda y hazme una taza de tila, que estoy que salto de los nervios.

CAR. (¡Hay que ver! No se puede una fiar de los hombres.) *(Vase.)*

JER. ¡Qué desengaño, Aniceto! No siento más que lo que he llorao por tí. *(Llorando.)*

PAT. Bueno, haz el favor de irte a la tienda, que aquí ya se han acabao las lágrimas.

JER. No, si ya no pienso llorar más. Ya se acabó. No pienso echar más lágrimas. Estas son las últimas. *(Vase gimoteando como siempre.)*

PIO. Tome usté una copita de aguardiente mientras traen la tila, que la vida hay que pasarla a tragos. Y no se apene usté tanto.

PAT. ¿Quién, yo? ¡Al revés! Pa mí se acabaron las penas. Verá usté qué viudez más divertida voy a pasar.

PIO. (Esto va bien.)

PAT. No siento más que el tiempo que he perdío. ¡Si lo llego a saber! ¡Valiente charrán! Cómo iba yo a figurarme que lo de los toros era un pretexto... Porque una de las cosas que me ha dicho esta mujer, es que a ella iba a verla tóos los días que había corrida.

PIO. ¡Vaya un gachó! De móo que la decía a usté que iba a los toros y luego la hacía a usté novillos.

PAT. Resulta que a lo que era aficionado era a las mujeres. Y luego venía con la pamplina de enseñarme la entrada.

PIO. Eso era una salida. Y diga usté, señá Patro, ¿iba también a las nocturnas?

PAT. No faltaba a ninguna. Es decir, a la única que faltaba era a mí.

PIO. Pues no se apure, que a usté no le faltará, si quiere, un hombre fiel y cabal, digno de entrar en su corazón.

PAT. En éste no entra ya nadie. Está cerrao pa siempre.

PIO. ¿Se ha puesto usté candao?

PAT. Candao y cerrojo.

Pio. No sea usté tonta y déjelo entreabierto, que hay un hombre que está deseando entrar.

Pat. ¿Qué me quié usté decir, señor Pío?

Pio. La verdá, señá Patro. Yo, aunque he entrao a aquí a pelar gallinas, no soy ningún pelagatos. Tenía muchas colocaciones mejores que ésta. Porque a mí se me rifaban pa este negocio. Acepté esta colocación porque era lo más derecho pa colocarme algún día al lao izquierdo de usté. En una palabra. Yo entré aquí a pelar gallinas con la esperanza de pelar la pava.

Pat. ¿Con ésta?

Pio. Con usté, paloma. Digo, señá Patro.

Pat. ¿Y cómo lo ha tenío usté tanto tiempo callao?

Pio. Porque yo veía que tenía usté siempre al señor Aniceto en el pensamiento. Y yo hubiese tratao de quitárselo de la cabeza. Pero también me dí cuenta de que lo tenía usté mu dentro del alma, y a mí no me gusta meterme en honduras. Unicamente decía: Pío, ten paciencia, que algún día saldrá.

Pat. Pues ya ha salío.

Pio. Ha salío un adúltero. Lo que usté no se figuraba.

Pat. Precisamente por eso. Ha salío de una manera y ha cerrao la puerta de un modo, que es muy difícil que se cuele nadie.

Pio. (Me he colao.) Bueno, pues en vista de sus manifestaciones, pué usté buscar otro que me sustituya, porque yo estoy aquí demás.

Pat. Se va usté porque quiere.

Pio. Eso. ¡Porque quiero!

Pat. De la casa no tendrá usté queja. Hoy se le considera ya como un encargao. No se hace más que lo que usté manda. En el negocio, y hasta fuera del negocio. Porque usté me dijo que era conveniente arreglar la pollería, y me ha faltao tiempo pa hacerlo, y pa gastar en ello tres mil pesetas. En contra de mi voluntá; que mi gusto era conservarlo tóo tal y como él lo dejó. Claro, que ahora me alegro.

Pio. Naturalmente. Hay cosas que tién que reformar-

se. Hoy la pollería de usté es una de las mejores de Madrid. No la falta más que ponerla un escudo con un letrero que diga: «Proveedora de la Real casa.» Y lo mismo que se ha hecho con la pollería hay que hacer con la pollera: Retocarla, darla una mano de barniz; en una palabra, restaurarla.

PAT. Y ponerme también un letrero, ¿verdad?

PIO. ¡Ole! Un letrero que diga: «Proveedora de Pío Palomares».

PAT. Ya está usté bueno, ya. Se paece usté hablando al sinvergüenza de mi marido.

PIO. Hablando solamente. Porque yo en lo demás, soy otra cosa.

PAT. Usté es como todos. *(Aparece Carmela con una taza en la mano.)*

CAR. Aquí tié usté la tila. La he echao un poco de azahar.

PAT. Era lo mismo. Ya se me ha pasao. *(Entra Jeremías.)*

JER. ¡Patro! ¡Patro! Aquí traen a tu chico. *(Entra Julito en traje de futbolista, acompañado de dos amigos que le traen del brazo. Julito viene con la cara y una de las piernas vendadas.)*

JUL. ¡No es nada! ¡No es nada! No asustarse.

PAT. ¿Pero cómo vienes, hijo mío?

JUL. Ya ve usté. Con una contusión de primer grado. Pero estoy muy contento. ¡Dos a cero! ¡Dos a cero! El Vallecas se ha caído con tóo el equipo.

PIO. El que se ha caído has sío tú.

JUL. No, si esto ha sío el portero.

PAT. ¿El portero de dónde?

AM. 1.° El portero del partido.

PAT. Anda, tómate esta taza de tila.

AM. 2.° Ha estado hecho un campeón.

JUL. Que digan éstos. Le hemos dao una paliza al Vallecas.

CAR. A quien le han dao la paliza ha sío a tí.

JUL. Lo que me han dao ha sío una ovación. ¡Que digan éstos! ¿Os acordáis qué juego de cabeza he hecho al marcar el segundo tanto?

AM. 1.° ¡Brutal!

AM. 2.° ¡Bestial!

JUL. Bueno. ¡Que digan éstos! Lo he rematao en un «corner» por el extremo derecha. Como que tóos me han dicho que tengo un juego de cabeza que ni Monjardín.

AM. 1.° Y Zabaleta ha estao muy bien de árbitro.

JUL. Magistral. Sobre tóo esa vez que hizo palo el Vallecas y fué y le quitó el *goal.* Y el que ha estao estupendo ha sío Escobedo. Ese chico va a ser otro Muñagorri. Y Peralejo es un «equipier» que va a dar muchos disgustos.

AM. 1.° Bueno, Julito. Si no mandas otra cosa nos vamos.

JUL. Nada, muchas gracias.

AM. 1.° Adiós, muy buenas.

AM. 2.° Que ustedes sigan bien. *(Vanse.)*

JER. Adiós, señores. *(Vase detrás de ellos.)*

JUL. No se me olvida. ¡Dos a cero! ¡Dos a cero! ¡Pa que se ponga tonto el Vallecas! ¡Que digan éstos!

PIO. Si se han ido ya, hombre.

JUL. ¡Ah! Sí. Es que estoy loco de alegría. No es porque yo lo diga, pero he estao muy bien.

PAT. Pues anda, acuéstate, que ahora estás mu mal.

JUL. Sí, me voy a echar un rato. Me duele un poco la cabeza.

PIO. Claro. Estás jugando tanto con ella que el mejor día la vas a perder en el campo.

JUL. Hasta luego. Llámeme usté a las diez, que esta noche cenamos en el Ideal Versalles. Vamos a celebrar el triunfo.

CAR. Anda, que vienes bueno.

JUL. ¡Chica, qué paliza! ¡Dos a cero! ¡Dos a cero! ¡Pa que se ponga tonto el Vallecas! *(Vase Julito, seguido de Carmela que se lleva la taza que éste le entregó.)*

PAT. ¿Qué le paece a usté, Pío? ¡Estoy aviá! El padre por un estilo y los hijos por otro, van a acabar conmigo.

PIO. Pues toavía no sabe usté lo mejor. Hay novedades respecto a Domingo.

PAT. Me lo figuro. Habrá hecho por ahí alguna trastá.

PIO. La trastá se la han hecho a usté. Es decir, querían hacérsela. Hasta ahora no ha sío más que una tomadura de pelo.

PAT. ¿A qué se refiere usté?

PIO. A lo de Carmela. Que resulta que tóo eso de que había que casarse en seguida y lo de la mancha de la familia, era un timo que la habían preparao.

PAT. ¿Es posible?

PIO. Lo que usté oye. Acaba de confesármelo la misma chica. Dice que era una combinación de Domingo y el Sr. Bernabé. Pero que ella es tan honrá y tan decente como la primera.

PAT. ¡Habrá granujas! ¿Y ella, cómo no me ha dicho ná?

PIO. Dice que la daba vergüenza decírselo a usté. Que lo hizo obligá por el cariño que tié a Domingo, y por respeto a su tío. Pero que en vista de que el tiempo se pasa y ella lo está pasando mu aburrida, estaba dispuesta a decir la verdá pa irse de esta casa. Claro, la chica se queja de que no va a ninguna parte.

PAT. Pues ahora va ir a tóos laos. Porque yo estoy decidida a divertirme. Y como no está bien que vaya sola, la chica me servirá de compañía. Precisamente es una muchacha que se lo merece. Es mu buena, mu limpia y mu trabajaora. Me haré la cuenta de que es una hija. Ahora, que al Sr. Bernabé y a mi chico les voy a poner de hoja e peregil. Y que va a ser ahora mismo. ¡Jeremías! ¡Jeremías! *(Llamando.)*

JER. ¿Qué quiés, Patro?

PAT. ¿Tú sabes dónde andará Domingo?

JER. Seguramente está en el tupi de Embajadores.

PAT. Pues anda; vete a buscarle corriendo y dile que venga inmediatamente que su madre le quiere ver. Y de paso avisas al Sr. Bernabé, que estará

en su casa. Le dices que venga también en seguida, que es urgente.

JER. Bueno, bueno. ¿Qué pasará aquí? ¡Vaya un día de jaleo! *(Vase muy deprisa.)*

PAT. Verá usté cómo hoy mismo queda tóo arreglao. ¡Granujas! ¡Canallas! ¡Tomarme el pelo a mí! ¡Consentir desacreditar a la chica! Le juro a usté Sr. Pío, que se van a acordar.

PIO. ¿Pero no habíamos quedao en que ya no iba usté a tomar la vida tan en serio? Pues ya tiene usté la ocasión pa empezar a divertirse. Ahora mismo se me ha estao ocurriendo una cosa la mar de divertida. Si no tiene usté inconveniente en ayudarme vamos a pasar un buen rato.

PAT. Según de lo que se trate.

PIO. Muy sencillo. De darlos un susto regular, y de reirse de ellos, conforme ellos se han querío reir de usté. En una ocasión me dijo que conservaba varios recuerdos de las verbenas a que había ido con su difunto esposo.

PAT. Sí, señor. Ahí los tengo en la cómoda. Y por cierto que los voy a quemar tóos.

PIO. Pues antes de que los queme, haga el favor de sacarme ese museo festivo, porque seguramente ahí habrá un objeto a propósito pa la pantomima cómica que se va a celebrar.

PAT. Voy por ello. ¿Qué se le habrá ocurrío? *(Vase.)*

PIO. Esta mujer acaba yendo conmigo a la verbena, y acaba teniendo también recuerdos míos. ¡Aniceto! Perdóname. El muerto al hoyo y el vivo a la pollería. ¡Qué le vamos a hacer! La vida es así. *(Aparece Patro cargada con unos cuantos objetos de los que se venden en las verbenas, cuyos objetos deja sobre la mesa.)*

PAT. Aquí le traigo unos cuantos. A ver si entre esos está lo que usté quiere.

PIO. Sí que conserva usté recuerdos. *(Cogiendo uno de ellos, que figura un guardia de cartón.)*

PAT. Y detrás de ca uno está apuntá la fecha y en lo que pasábamos el rato cada noche.

PIO. *(Leyendo en el muñeco.)* Verbena de San Lorenzo. Churros y limonada.

PAT. ¡Hipócrita!

PIO. *(Coge otro objeto, que es una chula, y lee):* Verbena del Carmen. Limonada y columpios.

PAT. ¡Granuja!

PIO. *(Coge un mata suegras, y lee también):* Verbena de San Cayetano. Limonada y caballitos.

PAT. ¡Canalla!

PIO. *(Coge ahora una trompeta de cartón.)* Verbena de San Juan. Limonada, churros y tubo de la risa.

PAT. ¡Sinvergüenza!

PIO. *(Cogiendo un pito que figura la cabeza de un ministro.)* Esto es lo que yo quería. *(Leyendo):* Verbena de San Antonio. Limonada, buñuelos y tío vivo. Esta cabeza de ministro es la que nos va a servir pa la sesión de juerga que vamos a correr. Ya era hora que de la cabeza de un ministro saliera una solución.

PAT. ¿Pero qué solución es ésa?

PIO. Escuche usté: *(El muñeco, abriéndole y cerrándole la boca por medio de un hilo, llora de modo que parece el llanto de un recién nacido.)*

PAT. No llore usté más, que he visto el juego.

PIO. Como usté ve, es una chiquillada. Pero el susto que se va a llevar su hijo cuando oiga que ahí dentro llora un recién nacido, va a hacer época. De móo, que manos a la obra. Usté se encierra ahí dentro y no sale hasta que yo la llame, oiga lo que oiga y pase lo que pase.

PAT. ¿No será mu dura la broma?

PIO. Más duro es lo que querían hacer con usté. *(Entra Jeremías.)*

JER. Ya están avisaos. No tardarán en venir.

PIO. ¿Has cerrao la puerta?

JER. Entorná se ha quedao.

PIO. Pues no perdamos tiempo. Jeremías, ahora te vas a meter ahí dentro con la señá Patro, y vas a empezar a llorar.

JER. No. Si yo no lloro más.

PIO. Ahora es cuando hace falta que llores. Toma. ¿Tú sabes lo que es esto?

JER. Sí, hombre, sí. Un pito de esos de verbena, que imita el llanto de un niño.

PIO. Eso es lo que tiés que hacer. Meterte en esa habitación y llorar tóo lo que puedas. A ver cómo te sale. *(Jeremías toca el pito.)* Muy bien. Paece que acabas de nacer.

JER. Pus ya tengo cerca e los setenta.

PIO. Calla. Paece que siento pasos. Sí, alguien viene. Anda pa dentro. Y usté también, señá Patro. Ya saben ustés. Cada vez que yo diga: ¡Silencio! empiezas a llorar. *(Vanse Patro y Jeremías, y aparece Domingo.)*

DOM. *(Desde la puerta.)* ¿Pueo entrar en mi casa?

PIO. Adelante, hombre, adelante. Dame un abrazo. ¡Que sea enhorabuena, Domingo!

DOM. ¡Pero qué! ¿Me ha perdonao ya mi madre?

PIO. Sí, hombre, sí. Ya estás perdonao. Ahora que mi enhorabuena no es por eso. Mi enhorabuena es porque esta mañana, próximamente a la hora que tú solías venir a casa, ha venío al mundo un angelito; una criatura que en lugar de venir retrasao como tú, ha llegao antes de tiempo.

DOM. ¿Qué me está usté diciendo, señor Pío?

PIO. ¡Chist! Habla bajo. Porque aunque Carmela está fuera de peligro, ha dicho la comadrona que no se meta ruido.

DOM. ¿Pero qué comadrona ni qué narices? ¿Es que me han llamao ustés pa tomarme el pelo?

PIO. ¡Silencio! *(Dando un grito muy grande. Empieza a oirse por dentro el llanto de un niño.)* ¿Lo oyes?

DOM. Un chico. Pero ese chico, ¿de quién es?

PIO. ¿De quién va a ser? Tuyo.

DOM. ¿Mío? ¿Ese chico mío? *(Siguen llorando por dentro.)*

PIO. ¡Vaya estilo!

DOM. Amos, hombre. ¿Qué va a ser mío éso?

PIO. ¿Es que ahora lo vas a negar?

DOM. Claro que lo niego. Si entre la Carmela y yo no habío más que conversación.

PIO. Pus por lo visto ha habío más que palabras. Tú mismo has dicho delante e tóos que la habías engañao. De móo que no tiés más remedio que reconocerlo, que pa eso es tuyo.

DOM. ¡Que le digo a usté que no, hombre! ¿Cómo voy a cargar con eso que está llorando? Yo ahí no tengo ná que ver.

PIO. ¿Es que no lo quiés porque es sietemesino?

DOM. Déjeme usté de tonterías, señor Pío. Yo no le quiero, porque no es mío Aquello que yo dije era mentira. Fué una combinación que yo inventé a ver si mi madre nos casaba. Y por lo visto, la combinación era de ellos. De ese tío chupón y de esa... ¡Déjeme usté que la voy a matar!

PIO. Ca, hombre, aquí no entra nadie por ahora. Lo ha prohibío la comadrona. Vuelve después y aclara lo que sea.

DOM. Esto lo aclaro yo ahora mismo. Ahora busco al señor Bernabé y le voy a coger del cuello y le voy a arrancar la lengua. ¡Maldita sea! Tié razón mi madre, cuando me dice: «Tú eres un madrileñito que te la das de vivo y eres un tonto. A tí te la pega cualquiera.» Pero no. Están equivocaos. A mí no me la pega nadie. Porque yo a ése tío le pego. Y a ella la mato. ¡Maldita sea! Esto no se hace con un hombre como yo. ¡Engañarme a mí! *(Furioso y descompuesto no sabe qué hacer, si llorar o pegarse a sí mismo y luchando entre pasar a la habitación o marcharse, termina por irse desesperado v pegándose él mismo.)* ¡Con lo que yo la quiero! ¡Maldita sea mi vida! *(Vase. Pío va detrás de él saltando.)*

PIO. ¡Que no se la pega nadie! ¡Lo que siento es que el señor Bernabé se la va a cargar! Salgan ustés. *(Salen Patro, Carmela y Jeremías.)* Ya abrá usté oído, señá Patro.

PAT. Sí, hombre. A ver si así escarmienta y eso iremos ganando.

CAR. Aquí la única que sale perdiendo soy yo. Porque ahora es cuando me están ustés poniendo en ridículo. Que a mí quien me interesa es él.

PAT. ¡Amos, tú cállate, chica! Vamos a pasar un buen rato. Que bastante malos me los ha dao él.

PIO. ¿Pero qué te pasa, Jeremías?

JER. Que estoy llorando de risa. Ha sío una ocurrencia *(Se ríe.)*

PIO. Callarse, que alguien llega. ¡Sí, sí! Esconderse en seguida.

CAR. Bueno, mi tío se muere del susto. *(Vanse todos y entra Bernabé.)*

BER. ¿Se pué entrar en esta santa casa?

PIO. Adelante, Bernabé. Dame un abrazo.

BER. Qué, ¿hay buenas noticias?

PIO. Sensacionales.

BER. Me alegro, hombre, me alegro. Ya es hora de que se arreglen estas cosas.

PIO. ¡Chist! Habla bajo que hay enfermo.

BER. ¿Quién está malo?

PIO. Carmela.

BER. ¿Mi sobrina? ¿Qué tiene?

PIO. Una niña.

BER. ¿Mi sobrina una niña?

PIO. Una chica de siete meses que paece que tié catorce, por lo que chilla.

BER. ¿Pero qué estás diciendo, Pío? *(Gritando.)*

PIO. ¡Silencio! *(Por dentro lloran fuerte.)* Ahí la tiés. ¡Vaya estilo!

BER. *(Loco de asombro.)* ¿Pero eso que llora es de mi sobrina? Que no pué ser, hombre, que no pué ser.

PIO. ¿Cómo que no? ¿No dijiste tú mismo que habían echao una mancha en la familia? Pues ahí la tienes.

BER. Pero, hombre, si aquello fué una combinación de Domingo. Ahora que por lo visto, la combinación era verdá. ¡Por eso tenía tanta prisa en casarse! ¡Valiente granuja! ¿Dónde está?

PIO. Ha ido a buscarte. Porque él dice que no tié ná que ver en este asunto. Que él no es el padre.

BER. ¡Mi madre! ¿Que no es el padre? Le parto la cabeza. ¿Dices que ha ido a casa?

PIO. Ahora mismo se ha ido.

BER. Pues voy a buscarlo. Y donde lo encuentre le mato. Y a esa... a esa la corto el cuello. ¡Maldita sea hasta la hora en que la recogí! ¡Amos, que engañarme a mí! A mí que no me engaña nadie. ¡Maldita sea mi vida! *(Vase desesperado y pegándose él mismo como hizo Domingo.)*

PIO. *(Que va tras él saltando de alegría.)* Que no hay quien le engañe. ¡Valiente primo! ¡Bueno, de estos dos no quedan ni los rabos! *(Salen todos riéndose.)* ¿Qué tal, señá Patro?

PAT. Mu bien. Me he reido un rato. Ya era hora de que tuviá un poco de alegría.

PIO. Pues esta es la vida. Reir, cantar y comer.

PAT. Tié usté razón. Y que hay que celebrar esto. Esto y lo otro y tóo.

CAR. Está usté desconocía, señá Patro.

PAT. No sabes tú lo que yo he cambiao en un día. Desde ahora voy a ser otra. Si, Carmela, sí. ¡A comer! ¡a beber! ¡a divertirse! A los toros, al café, al teatro. Y mañana mismo saco de la cómoda la mantilla, el pañuelo de Manila, las alhajas ¡todo! ¡Ya verás qué vida nos damos!

CAR. ¿Pero me va usté a llevar a tóo eso?

PAT. Tú me acompañarás a toas partes. Iremos las dos solitas.

PIO. (Eso ya lo veremos.)

CAR. Entonces, ya no me voy con mi tío, ni aunque me lleve arrastra. Si a mí no me faltaba en esta casa más que alegría.

PAT. Pues alegría vas a tener. Por lo pronto le vamos a quitar el luto al gramófono. *(Tira del paño que lo cubre.)*

JER. ¡Eso! ¡Eso! ¡¡Viva la alegría!! *(Canta.)* Las estrellitas del cielo...

PIO. Perdona, Aniceto. Ya no es tu Patro.

CAR. ¿Quié usté que ponga una pieza?

PAT. Sí, hija, sí. Haremos tiempo mientras está la cena, porque hoy vamos a cenar tóos juntos. Vamos a darnos un banquete. Y estas flores van a servir pa adornar la mesa. ¡Y a vivir! que pa eso hemos nacío. *(Pone las flores en un jarrón que habrá so-*

bre la mesa. En este momento se oye en el gramófono la marcha de La viuda alegre. *El disco que se utilice será de los impresionados por banda.)*

PIO. Señá Patro. ¿Le parece a usté que aprovechemos estas notas?

PAT. No sé si se me habrá olvidao bailar.

PIO. Vamos a verlo.

JER. Y tú, ¿quiés bailar conmigo?

CAR. No faltaba más. *(Comienzan a bailar los cuatro y por dentro se oye a Bernabé y a Domingo que vienen regañando.)*

DOM. *(Dentro.)* ¡Venga usté aquí tío granuja!

BER. ¡Aquí el granuja eres tú! ¡Sóo sinvergüenza! *(Seguidamente aparecen en escena. Domingo trae sujeto de la solapa a Bernabé y vienen peleándose. Al llegar a la puerta quedan asustados al ver la juerga.)*

DOM. ¡Qué veo! ¿Mi madre de juerga?

BER. ¿Carmela bailando? *(En este momento aparece Julito en la puerta de la habitación.)*

JUL. ¿Tocando el gramófono? *(Asombrado.)*

DOM. ¿Pero quién decir ustés qué es esto?

PIO. Ya lo oyes. ¡¡La viuda alegre!! *(Siguen bailando y Jeremías, sin dejar de bailar, llora con el muñeco que tiene en la mano. Gran animación.)*

TELÓN



ACTO TERCERO

La escena representa el interior de la misma pollería que figura en el primer acto, pero completamente restaurada y modernizada, con pinturas alegóricas en algunas paredes y en otras espejos biselados. Unicamente se conservarán de lo antiguo las dos sillas bajas en que aparecieron sentados PIO y JEREMIAS en el primer acto. Lo que fué rejá, es ahora escaparate. Cueva practicable, que estará situada delante del mostrador.

Al levantarse el telón aparece PATRO detrás del mostrador, contando calderilla; PIO contando huevos, que va pasándo de unos cajones, que habrá en el suelo, a los otros, que habrá adosados a la pared. CARMELA despachando a una parroquiana.

CAR. *(Metiendo huevos en un paquete.)* Once y doce. Ahí tienes: una docena de huevos.

PAR. ¿Serán frescos?

CAR. Aquí no vendemos na atrasao.

PAR. ¿Cuánto es?

CAR. Tres pesetas.

PAR. Ahí van. Hasta mañana. *(Vase.)*

CAR. Adiós. *(Va al mostrador y entrega el dinero a Patro.)* Tome usté. ¿Creo que sirvo pa el despacho?

PAT. Sí, hija, sí. Si yo pudiá cambiarte por uno de mis hijos...

CAR. ¡Pobrecillos! Las están pasando negras. Me lo ha dicho una vecina nuestra que estuvo ayer a comprar aquí. El pequeño, en cuanto le ha echao

usté de casa, se ha ido a refugiar también con su hermano en casa e mi tío.

Pio. Entonces es tu tío el que las está pasando negras.

Pat. Dejarlos. Que los tres se lo tién merecío. Tu tío, por farsante y por ambicioso; Domingo, por vago y sinvergüenza, y el otro, por sinvergüenza, por vago y por algo más. Porque han de saber ustés, que la última que me ha hecho, ha sío empeñarme el reló de oro de su padre. Y porque le regañé, fué y me contestó: que antes de que lo gaste otro, se lo gasta él.

Pio. (Eso iba por mí.)

Car. El Julito también paece un palomino atontao, pero es una urraca. Anda, que a mi tío le van a dejar recuerdos. Creo que se beben una arroba de vino ca tres días. Y comer, comen que devoran. Ya ve usté, ¿que aquí no probaban el cocido? Bueno, pues allí el que no lo prueba es mi tío.

Pio. Esos se le comen hasta los ahorros.

Car. Y si fuera eso solo... Pero según me dijo esta vecina, el otro día creo que le han empeñao las mantas...

Pat. Son de abrigo. ¡Los dos! ¡Los dos! Julio y Domingo. Un mes y un día. ¡Una condena!

Car. Que la está cumpliendo mi tío. Y que sabe Dios cuándo se verá libre.

Pio. Que los eche.

Car. Mentío miedo los tié a los dos. Sobre tóo a Julito. Como tié esa fuerza...

Pio. Bueno. Esto ya está listo.

Car. ¿Cuántos han venío?

Pio. Me he contao cuatrocientos huevos. Mira cómo tengo las yemas.

Pat. ¿Han venío muchos rotos?

Pio. Algunos han venío. Esta partía han salío menos que otras veces. *(Aparece Bernabé.)*

Ber. Buenos días a tóos.

Car. ¡Hola, tío!

Pio. ¡Hombre! Aquí tié usté a Borrás.

Ber. Chuflas dramáticas, no.

Pio. ¿Qué tal la compañía? ¿Trabaja?

BER. Allí tengo dos racionistas, que no hacen más que comer. A eso vengo. A ver a la empresa de gastos.

PAT. ¿Se refiere usté a mí?

BER. Naturalmente. Vengo a decirla, que si no me da uste dinero pa ayuda e la manutención de sus hijos, disuelvo la compañía.

PAT. No hay dinero. A ver si se ha creío usté que esto es el Río e la Plata. No, hijo, no. Esto no es más que el Manzanares. Y como me he propuesto canalizarlo, las aguas van a ir por su sitio. Y mis hijos trabajan o se mueren de hambre.

BER. Si es que el que se va a morir de hambre soy yo.

PAT. Usté tié la culpa. Yo no le he dicho que los recogiera.

BER. Pero si es que se me han metío allí y no hay quien los eche. Y esto no es lo tratao. Nosotros quedamos en que yo tendría a Domingo en mi casa mientras él encontraba algo donde trabajar, y que mientras tanto usté me ayudaría a mantenerlo. Y ahora resulta que no me da usté na, y que encima se me ha llevao allí a su hermanito. Vamos, que se han creío que aquello es el Palas.

PAT. Pues, hijo, yo lo siento; pero no pueo ayudarle en na.

BER. Me ha matao usté, señá Patro.

PAT. Aquello que se trató fué creyéndome que era cierto lo que había pasao entre Carmela y Domingo. Pero como resultó una comedia que ustés me hicieron, pues no hay na de lo dicho.

BER. Yo creí que con la otra bromita que ustés nos gastaron a nosotros, habíamos quedao en paz.

PAT. Y en paz estamos.

BER. Será usté. Porque yo no sé lo que debo. Amos, lo que debo es echarlos a la calle, pero me da miedo. Sobre tóo el pequeño. Tuvimos la otra noche unas palabras, porque se me quejó de la cena, y, bueno, me agarró de este brazo, que le tuve dormío toa la noche. Como hace tanta gimnasia...

PIO. Los tiés que tener a la fuerza.

BER. Eso lo veremos. Que me están haciendo ya muchas. Y ayer ya se lo he dicho: Eso se lo hacéis a vuestra madre.

CAR. ¿Y les sigue arreglando la casa la portera?

BER. Ya, no. Antes nos cuidaba a los tres, pero no sé qué la habrán hecho que no quié subir a casa ni a tres tirones. Así es que aquí me tién ustés a mí haciendo las labores impropias de mi sexo. Y menos mal que Domingo me ayuda en algo: a fregar, a barrer, a encender la lumbre...

CAR. ¿Y el otro?

BER. El otro no hace más que soplar. Por allí anda dándose paseos con el traje de alpinista que llevaba cuando uste le echó. Bien podía usté haberle mandao otra ropa. Que está llamando la atención en la vecindá.

PAT. Que gane él pa otra.

BER. Sí, va a ganar, sí. ¡Menúo es el pollo! Por cierto que, por lo que he oído, les va a dar a ustés un disgusto. Le ha sentao como un tiro la noticia que ha llegao allí de que usté y el señor Pío... vamos, que hay barruntos de arreglo de papeles, de Vicaría, etcétera, etcétera. Yo he procurao calmarle, diciéndole que eso es un cuento chino. Ya comprenderán ustés que yo no sé si eso será verdá o no.

PAT. Hasta ahora no es verdá ni mentira. Pué ser, o no pué ser.

PIO. Será, o no será.

BER. Vamos, que yo sé que hay simpatía entre ustés dos.

PIO. Esa siempre la ha habío. Yo a la señá Patro la aprecio y la quiero.

PAT. Y lo mismo me pasa a mí con él.

BER. Entonces, ciertos son los toros. Estoy viendo el nuevo rotulito de la pollería: «Pío Palomares, sucesor de Aniceto Cuesta». ¡Que sea enhorabuena!

PIO. No, no corra usté tanto, señor Bernabé.

PIO. Hasta ahora no son más que rumores en la mayoría.

BER. Si a mí me es igual. A mí lo único que me inte-

resa, hoy por hoy, es llevarme a mi sobrina, que a eso he venío, y a que la señá Patro se traiga a sus hijos y que Dios los bendiga.

PAT. ¿Traerme yo a mis hijos? No es por ahí.

CAR. ¿Irme yo con usté a casa? Tampoco es por ahí. Estoy aquí mu bien, tío. Visto bien, como bien, trabajo poco, me divierto mucho; la señá Patro me quiere y me considera como una hija, en fin, que de aquí no me saca usté ni arrastra.

BER. ¿De móo que renuncias a mi protección?

CAR. No se enfade usté, tío, pero renuncio.

PAT. Además, que la chica me hace a mí mucha falta. De móo, que si ha venío usté a por ella, se pué usté marchar.

BER. Está bien. ¡Otro desengaño más! Sacrifíquese usté por una criatura que no es hija mía, pa luego recibir este pago... Sacrifíquese usté por unos hijos, que tampoco son míos, y que la madre de esos hijos me niegue también su ayuda y su amparo.

PIO. No te pongas dramático, que no vas a sacar ná.

BER. En eso estaba yo. Lo que es que he venío por si acaso. Bueno, señores, en vista de que no dan ustés ná, me retiro. Salud a tóos. (Ya sabía yo que salía de aquí con las manos en la cabeza.) *(Poniéndose la gorra con las dos manos. Vase)*

CAR. Mi tío no venía por mí.

PIO. Tu tío venía por dinero, o a ver si se llevaba algo de la pollería.

PAT. Pues se ha llevao chasco.

PIO. Bueno, señá Patro. ¿Me necesita usté pa algo ahora? Lo digo porque me han nombrao vocal del Sindicato de la pluma y tenemos junta directiva a las doce.

PAT. Por mi parte se pué usté ir cuando quiera.

PIO. ¿Me ha dejao usté eso allí?

PAT. Encima de una silla del comedor está.

PIO. Muchas gracias. (Esto va bien.) *(Vase.)*

CAR. Si pescaran ese dinero sus chicos...

PAT. Algunos duros han tirao los dos.

CAR. Ahora reconocerá usté que Domingo es mejor que Julito.

PAT. Poco se llevan los iguales No se llevaban ná.

CAR. Eso de que no se llevaban... Se llevaban tóo lo que podían.

PAT. No tién na que echarse en cara. Si me descuido un poco no me quedan más alhajas que ellos.

CAR. Sí, pero dentro de eso, es más formal Domingo. El no quiere más que a su Carmela.

PAT. ¿Estás tú segura de que mi hijo te quiere? Porque el que no quié a su madre, no quié a nadie.

CAR. Nos quié a las dos. Eso me consta. El otro sí que ya es más duro pa eso del querer. La prue-es que toavía no ha tenío una novia formal.

PAT. ¿Y pa qué la quiere? Le pasaría lo que al otro contigo.

CAR. Pero bueno es que se vaya acostumbrando a querer a una sola. Y no que ca día tié una amiguita, como él dice. Un día la Loló, otro la Lulú, otro la Lilí. ¡Vaya una tropa! Na, que se conoce que pa él las mujeres son otro sport. *(Entra Jeremías con una cestita pequeña al brazo.)*

JER. Ya está tóo repartío.

PAT. Pues anda, que no has tardao na. Tres cuartos de hora pa llevar dos cuartos de gallina.

JER. Si he venío volando.

PAT. Ca día estás más torpe. No ganas ni el pan que te comes.

JER. ¿Sabes lo que te digo, Patro? Que desde que has sabío lo de tu difunto, la has tomao conmigo. No me dejas ni respirar. En cambio a Pío ca día le estás dando más alas.

PAT. Las que quiero. Eso no es cuenta tuya. Y si no estás contento, te vas.

JER. No, si yo estoy contento. *(Se ríe.)* La que no lo está eres tú. Y si es que andas buscando que yo me incomode contigo y me vaya y lo pierda tóo, te amuelas, que yo sigo aquí hasta que me dé la gana; que pa eso estoy en el testamento.

PAT. Ya lo sé. Se conoce que a mi marío le paecía poco lo que me estaba haciendo en vida, que me

dejó a tí pa mayor castigo. *(Sale Pío, que trae puesto el traje que Patro apareció limpiando en el primer acto. Este traje, como ya se indicó, ha de ser de tonos muy claros. Algo ridículo, pero que convenza al público de que pudo llevarlo puesto el señor Aniceto, hace seis años. Le está un poco grande; también sin exageración. El sombrero que saca puesto, y ha de ser hongo, le está mayor aún. Sale contoneándose)*

JER. ¡Anda, anda! Cómo se prospera.

PAT. *(Reparando en Pío da un grito de miedo.)* ¡Ay! Qué susto me he llevao.

CAR. ¿Qué es eso, señá Patro?

PAT. Na, hija, que al ver a Pío así me ha hecho una impresión...

PIO. Se había creío que había resucitao el señor Aniceto. No tenga usté cuidao, que soy yo, Pío Palomares. *(Se pasea por la escena postineando, y al meter la mano en un bolsillo de la americana saca de él un billete de los toros.)* Hombre. Aquí hay un billete de los toros.

PAT. Será el de la última corría.

PIO. Amos, que venirse con esa andanada. *(Leyendo.)* Andanada de sombra. Delantera número dos.

PAT. Ese día vino a casa cerca e las nueve.

PIO. Es que fué una corría de ocho toros. En fin, muchas gracias por el osequio. Es un terno que va a ser eterno.

CAR. No le está a usté mal.

JER. Un poquillo crecedero.

PIO. Es que era mayor el difunto.

PAT. ¿Y el sombrero?

PIO. Ese es el que me estaba muy grande. Pero le he metío dos *Voces* y se ha achicao.

JER. Ná. Que paece que vas de boda. *(Riéndose.)*

PIO. Desde que has dejao de ser llorón estás hecho un pelmazo. Más valiera que en vez de estar mirándome el tipo, estuviás bajando esos cajones a la cueva y limpiándola un poco, que está aquello hecho un asco.

JER. Lo que usté me mande, don Pío. Siempre a sus

órdenes *(Haciéndole reverencias.)* Y sin incomodarme, al contrario. Muy contento y muy alegre. *(Abre la cueva y baja con uno de los cajones que habrá en escena. Cantando):*

Las estrellitas del cielo...

PIO. ¿Pero ven ustedes?

CAR. Es la edá, señor Pío.

PIO. (Ya le arreglaré yo a éste). Bueno, me voy, que se me hace tarde. Hasta ahora. No creo que tardaré mucho. En cuanto se acabe la Junta estoy aquí. Y hasta es posible que me salga antes de acabar. Adiós, Carmela. ¡Adiós, señá Patro! *(Despidiéndose de ella con mucho cariño.)* Hasta ahora. *(Aparte y ya en la puerta.)* ¡Perdóname, Aniceto! *(Cuidar este mutis de modo que recuerde el público la despedida que contó Patro en el primer acto que la hacía siempre el difunto.)*

CAR. ¡Cualquiera le conoce! Va hecho un pollo.

PAT. ¡Pobrecillo! ¡Va poco contento con su traje!

CAR. Pero se vé que no es de él.

PAT. Se lo merece. Después de tóo es el único que se ha tomao interés por la casa y por mí. Al único que tengo que agradecerle algo.

CAR. De mí tampoco creo que tenga usté queja.

PAT. Tú eres otra cosa. A tí te considero ya como a una hija. Y ese hombre es un extraño en la casa después de tóo. *(Aparecen Domingo y Julito, que se queda en la puerta).*

DOM. Buenos días, madre. ¡Hola, Carmela! ¡Que pases, hombre, que pases! Si estás en tu casa. *(Entra Julito con el traje de alpinista.)*

JUL. Buenos días tengan ustedes.

PAT. ¿A qué venís vosotros aquí?

DOM. A hablar con usté. Hemos acordao, mi hermano y yo, celebrar consejo de familia. Siéntate, hombre, siéntate, que estás en casa de tu padre. *(Se sientan los dos.)*

CAR. (¿A qué vendrán estos?)

PAT. Bueno, pues vosotros diréis.

DOM. Pocas palabras. ¿Verdá, tú?

JUL. De acuerdo contigo.

DOM. *(Se levanta.)* Querida madre. La siguiente tié por objeto manifestarla, que en vista de que hemos sío expulsaos del hogar paterno, sin causa que lo justifique, hemos acordao mi hermano y yo, que se nos entregue la parte que nos corresponde de nuestro querido y difunto padre.

JUL. De acuerdo con mi hermano.

PAT. Queridos hijos: Tengo el sentimiento de participaros, que tóo lo que hay aquí es mío. Porque vuestro querido y difunto padre (Dios le tenga donde deba de estar), antes de morir, puso tóos los bienes a mi nombre. Cosa que vosotros no ignorábais. Así es que ya lo sabéis. En esta casa no tenéis ná, y lo tenéis tó. Porque lo de vuestra madre será pa sus hijos cuando ella muera, o cuando sus hijos sean como deben ser.

DOM. ¿Qué te paece?

JUL. *(Aparte a Domingo.)* Que te pongas a buenas.

DOM. *(Cambiando el tono altivo por el humilde).* ¡Madre! ¡Paece mentira que sea usté tan cruel pa sus hijos! Después de tóo, ¡qué hemos hecho nosotros! ¿Verdá, Julito?

JUL. Eso digo yo. Si no hemos hecho nunca ná.

PAT. Pues eso es. Que no habéis hecho nunca ná, y yo quieo que hagáis algo de provecho. Si os he echao de casa, es porque ya estaba muy harta. Por lo demás, como madre, no podéis tener queja de mí. Os he querío demasiao; os he dao toos los gustos que habéis tenío. He procurao haceros hombres. He procurao conservar tóo lo que vuestro padre dejó. Desde que él murió, he sío esclava de su memoria y he sío esclava de sus hijos. ¿Qué quejas podéis tener de mí?

JUL. No, si de usté no tenemos queja. Aquí el que tié la culpo de tóo, es el canalla de Pío.

DOM. Ese es el que nos ha echao a la calle.

PAT. ¡Cuidao con lo que decís! Ese hombre no ha hecho en esta casa más que trabajar mucho y mirar por ella. ¡Lo que no habéis hecho vosotros!

DOM. Ese tío se ha metío aquí pa hacerse el amo y pa meterse en su corazón. Y eso si que no. A nos-

otros no nos da usté padrastro, ¡porque lo matamos!

JUL. De acuerdo con mi hermano.

PAT. Si vuestro padre hubiese sío como es debió, no hubiá dao lugar a que nadie intentase ocupar su puesto en el corazón de vuestra madre.

DOM. Eso de que mi padre tenía otra mujer es una patraña.

PAT. Eso es verdá, porque lo he visto yo.

DOM. Bueno, pues usté no se casa con ese tío, porque no quiero yo, vamos.

PAT. Me casaré o no me casaré. Eso ya lo veremos. Yo haré lo que me dé la gana. Y si ya que tuve un marío malo, los hijos que tengo fuesen buenos y mirasen por su madre, gustosa me sacrificaría por ellos; pero no tengo a nadie. ¿Lo oís? ¡A nadie! Estoy sola en el mundo. ¡Muy sola! *(Llorando se sienta en una silla.)*

DOM. *(Arrodillándose ante ella.)* ¡No llore usté, madre!

JUL. *(Idem.)* Perdónenos usté.

CAR. *(Idem.)* Perdónelos usté, señá Patro. Ellos son buenos. Ellos trabajarán. ¿Verdá que sí?

JUL. Sí, madre. Verá usté cómo cambiamos.

DOM. Yo la juro a usté por mi padre, que estará allí arriba.

PAT. Tu padre no ha estao nunca en la gloria.

DOM. Bueno, pues por usté. Yo la juro que seremos otros.

PAT. Dios lo quiera. *(Levantándose.)* Y basta ya de penas. Que había decidió no volver a llorar por nada ni por nadie. Conque ya lo sabéis. Si queréis volver a esta casa, trabajar, aunque sea a arrancar piedras de la calle. Hacer algo que me convenza de que queréis ser buenos. Y ese día vuestra madre volverá a quereros, y volverá a abriros sus brazos y las puertas de esta casa. Mientras tanto, no acordaros de ella pa ná. Haceros cuenta de que no tenéis padre ni madre. *(Vase)*

DOM. Ya lo oyes, huerfanito.

JUL. Estamos al cabo de la calle.

CAR. *(Dando fuertes voces.)* Ya lo sabéis. Hay que trabajar. ¿Has oído tú, Domingo? A ver qué haces. Que yo también me estoy cansando. Así no podemos seguir. De móo que tú verás; si no cambias, me echaré otro novio.

DOM. ¿Pero qué estás tú diciendo de querer a otro?

CAR. *(Hablando bajo y cerca de él.)* ¡Calla, tonto! Si es pa que oiga tu madre que te regaño. Yo no pueo querer a nadie más que a tí.

DOM. Y Dios te libre de querer a otro.

CAR. *(Mirando a la puerta por donde se fué Patro.)* Toma.

DOM. ¿Qué es esto?

CAR. Un duro de mis ahorros.

DOM. Gracias, Carmela. *(La dá un beso en la mano.)*

JUL. Oye, ¿eso será a medias?

DOM. El duro, sí. ¡Qué buena eres Carmela! *(La dá un abrazo.)*

JUL. Hombre, que estoy yo delante.

DOM. Ponte detrás. ¿No ves que la estoy pagando los réditos?

JUL. Con tu permiso voy a dárselos yo también. *(La abraza.)*

CAR. ¡Qué bién os lleváis ahora!

JUL. La necesidá nos une.

CAR. Bueno, iros ya. No sea que salga.

DOM. Si, nos vamos; pero pa volver en seguida. A ese Pío hay que darle pa el pelo.

JUL. Ese, ese es el culpable de tóo.

DOM. Pues se va a caer. Ahora voy por una garrota, y en cuanto le vea en la tienda, entro y, como me llamo Domingo Cuesta de la Vega, que le desnudo a palos.

CAR. Ten cuidao, porque lleva puesto uno de los trajes de tu padre.

DOM. ¿De mi padre? Pues ahora es cuando le desnudo.

JUL. Hay que ver. ¡Hasta la ropa de mi padre! Ná, que se ha propuesto hacerse el amo de tóo. Pero se acuerda de nosotros. Vámonos que voy a coger yo también el pasamontañas. Adiós, Carmela. *(Vase.)*

DOM. Adiós, chiquilla, que seas buena. *(Vase.)*

CAR. Que lo seas tú. *(Despidiéndole desde la puerta.)* Adiós, adiós. ¡Y que digan luego que son malos! ¡Qué van a ser! Son tontos. Otros en su lugar, estarían aquí hechos unos príncipes. ¿No me tié a mí la señá Patro hecha una reina sólo porque quiero a su hijo? *(Sube Jeremías de la cueva.)*

JER. Qué, ¿se ha ido ya D. Pío?

CAR. Hace un rato.

JER. Vaya, hombre, vaya. ¡Qué suerte de hombre! Traje, bastón, sombrero..., ná, que se pone las botas. Pa él tóo lo nuevo que dejó el difunto. Y pa mí los mandiles, la gorra, los manguitos, tóo lo que no servía. Claro, pa el viejo lo más viejo. ¿qué te paece Carmela?

CAR. ¿Qué quié usté que le diga? Mi obligación en esta casa es ver, oir y callar.

JER. Eso voy a hacer yo, desde ahora en adelante. Desde ahora, hasta que se case la señá Patro con Pío, si es que se casan, como dicen; y ese mismo día pido que me jubilen, y me voy. Ni sirvas a quién sirvió, etcétera. *(Aparece Gregorio; es un hombre de unos cincuenta años.)*

GREG. Buenos días.

JER. ¿Pero qué veo? ¡Si es Gregorio! ¡Gregorio!

GREG. ¡Jeremías! *(Se abrazan.)*

JER. ¡Cuánto tiempo sin verte!

GREG. Ya hace unos años, ya. ¿Esta joven, es de casa?

JER. Es la novia de tu sobrino Domingo.

GREG. Tanto gusto en conocerla.

CAR. El gusto es mío.

JER. Aquí es el hermano del señor Aniceto.

CAR. Sí; no hay más que verle.

JER. ¿Y qué es de tu vida, hombre? Aquí ya creíamos que te habías muerto.

GREG. Pues estoy vivo y sano, gracias a Dios.

JER. ¿Pero vives en Madrid?

GREG. Hace cinco meses. He estao ocho años en Canarias, donde supe la noticia de la muerte de mi pobre hermano. Allí, trabajando, he hecho unas pesetas, y como me tiraba mucho Madrí, que pa

eso he nacío en él, vine pa cá. Me salió un negocio en el Puente de Toledo, y allí me tiés establecido. Tengo una tienda de ultramarinos y una especie de merendero.

JER. ¿Y marchas bien?

GREG. Vamos p'alante. ¡Bien, hombre, bien! ¿De modo que usté es la novia de mi sobrino? ¡Qué cosas más raras ocurren en esta casa! ¡Usté aquí y mis sobrinos en la calle!

CAR. ¡Ah! ¿Pero usté sabe?

GREG. Sí, hija, sí. Sé lo que ha pasao, sé lo que está pasando, y no sé lo que va a pasar, porque vengo dispuesto a tóo.

JER. ¿Vas a hablar con la Patro?

GREG. A eso vengo. Aunque mi cuñada y yo no partimos peras, hay cosas que no hay más remedio que resolver.

JER. ¿Vienes al asunto de los chicos?

GREG. Eso es lo que menos me interesa. Allá su madre se las arregle como pueda. Esto no quita pa que yo a los chicos les dé un recorrido, que al fin y al cabo son sobrinos carnales. A mí lo que me trae, es el asunto de mi hermano.

JER. También estás enterao de que tenía...

GREG. ¡Tenía narices! Y como eran iguales que las mías, no consiento que nadie se burle de ellas. Porque antes se las rompo yo al sinvergüenza que tié la culpa de tóo. ¿No anda por ahí ese Pío?

JER. Ha salido. Pero no tardará en venir.

GREG. Pues mientras llega me va usté a hacer el favor, joven, de decirla a la Patro que salga, que está aquí su cuñao.

CAR. (¿Qué pasará?) *(Vase.)*

GREG. ¿De móo que tú también eres uno de los creyentes de esa infamia?

JER. Yo he creío lo que vino contando la Patro.

GREG. Pues os han engañao a tóos. Y lo que me extraña es que mi cuñá, que parecía que lo quería tanto, haya dudao de mi hermano, sabiendo lo bueno que fué pa ella.

JER. No. Pus quererle, sí le quería. Seis años le ha

llevao el luto; no ha faltao un domingo al cementerio. Y el día que murió, la dió un ataque que estuvo privá la mar de tiempo.

GREG. ¡Martingalas! Toas esas que se privan cuando se muere el marío, son las que luego no se privan de ná. Conozco el percal, Jeremías. *(Sale Patro seguida de Carmela.)*

PAT. ¡Gregorio! ¿Cómo tú por aquí?

GREG. A veros.

PAT. ¿Cuántos años sin verte?

GREG. Azares de la vida. ¿Me pueo sentar?

PAT. Estás en tu casa

GREG. *(Se sienta.)* Pues venía dispuesto a decirte unas cuantas cosas, pero no te voy a decir más que una.

PAT. Tú dirás.

GREG. Antes de dudar de la honradez de un marido, a quien se ha querido tanto, como tú decías que querías a mí hermano (Dios le tenga en la gloria), se entera una bien de tóo y no se hace el ridículo que tú estás haciendo, ni se ofende la memoria de un santo.

PAT. ¿Es que vas a decirme tú que es mentira? ¿Es que no lo he visto yo con mis propios ojos?

GREG. ¿Pero tú que has visto? Una mujer que lloraba en la tumba de Aniceto. Una mujer que ha hablao contigo y te ha dicho que era su amante. Eso es lo que has visto. Eso es lo que sabes. Pus has cuenta que no sabes ná. Porque tú no has sabío ver que esa individua iba a ganarse cinco pesetas que la daba el sinvergüenza de Pío ca vez que iba a llorar al cementerio.

PAT. ¿Pero eso es posible, Gregorio?

GREG. Lo que acabo de decirte es el Evangelio.

JER. ¿Y cómo lo has sabido tú?

GREG. Como se saben las cosas. Por casualidá. Y lo he ido a saber en mi propia casa. En el merendero. La otra tarde estuvieron allí unos cuantos celebrando el timo. Y entre ellos había una tal Perpétua, que yo la conozco de ir a la tienda algunas veces, y que es la que estaba contando tóo

lo que os he dicho, entre las burlas y las risas de la reunión. Calcúlate tú la gracia que me hizo a mí. A punto estuve de deshacer la tertulia a garrotazos; pero lo pensé mejor, y dije: Después de tóo esta gente no tié culpa de ná. La tié ese canalla que es el que ha inventao esa granujá. Conque esta mañana me he echao un revolver al bolsillo y me he dicho: Voy a ver si de un tiro mato dos pájaros. La digo unas cuantas cosas a mi cuñá y quito de en medio a ese sinvergüenza de Pío.

PAT. ¿Y qué idea podría llevar ese hombre?

GREG. ¿Paeces tonta, o es que quieres hacertelo? Quería hacer que olvidaras a mi hermano, y una vez conseguido esto, ver si podía casarse contigo.

JER. Y hacerse el amo, como ya se lo está haciendo.

PAT. Eso de casarse conmigo serían ilusiones suyas. Porque yo, sea verdá o mentira lo que tú dices, no he pensao toavía en ello, ni he olvidao a tu hermano. Yo a Aniceto le he querío mucho, como tú sabes, y cuando se quié de ese modo, no se puee olvidar nunca. ¡Nunca! ¿Lo oyes? ¡Nunca! *(Llora.)*

JER. ¡Pobre señor Aniceto! ¿Y que haya yo dudao de tí? *(Llora también.)*

CAR. No llore usté, señá Patro.

GREG. Tié razón la chica. Dejarse de lloriqueos, que estas cosas no se arreglan así.

PAT. Y pensar que ese hombre lleva puesto el traje de tu hermano.

GREG. Y pa eso decías que no habías pensao casarte con él.

PAT. Eso, no.

GREG. No te digo que te vistas, pero ahí tiés la ropa... Bien ha sabío engañaros, bien.

PAT. A mí no ha hecho más que engañarme tóo el mundo. Hasta mis hijos.

GREG. A esos ya les arreglaré yo también. Pero quien nos interesa por ahora es ese sujeto. A ese le voy a hacer yo cantar la gallina delante e tí, pa que te convenzas de la verdá.

PAT. Si no lo dudo. Cuando tú te has atrevío a dar este paso, verdá será. Deseando estoy que entre por esa puerta, ¡la lengua le voy a arrancar!

GREG. Tú lo que vas a hacer es meterte ahí dentro y dejarme solo con él. Estas cosas son pa arreglarlas de hombre a hombre. De móo, que anda.

JER. Sí. Tú no te metas en ná, que aquí entre Gregorio y yo le daremos lo que se merece. Poquitas ganas que le tengo.

PAT. Tenéis razón. Me voy porque no quiero ni verle. ¡Me da asco! ¡Mal hombre! ¡Bandido! (*Vase.*)

GREG. Yo creo que con cuatro o cinco garrotazos que le dé con éste ya tié bastante.

CAR. Y yo creo que no vale ni los palos que le va usté a dar. Vamos, que no merece la pena que un hombre honrao se pierda por él. A mí se me está ocurriendo una cosa, que si la hacemos, no tié usté necesidá de matarlo, porque se muere él solo. Usté se quita ahora el sombrero y la americana. Se pone usté un mandil y unos manguitos, y con la gorra y las gafas del señor Jeremías, que son las mismas que gastaba su hermano de usté, tengo la seguridá de que al verle el señor Pío, se muere del susto.

JER. No es mala ocurrencia.

GREG. Me parece una falta de respeto al difunto.

JER. Déjate e tonterías. La cosa es que se asuste al verte y se muera él.

GREG. Bueno, pus manos a la obra. (*Se quita la americana.*)

CAR. Aquí tié usté un mandil y unos manguitos. (*Se los pone ayudado por Carmela.*)

GREG. Ahora que os garantizo que como no se asuste del muerto se va a asustar del vivo.

JER. Toma la gorra y las gafas. (*Se las pone.*)

CAR. ¡Eh! ¿Qué tal, señor Jeremías?

JER. ¡Aniceto! Eres Aniceto, Gregorio.

CAR. Ahora se esconde usté. Y cuando venga, que no tardará, se presenta a él y a ver qué pasa.

GREG. No sé si tendré paciencia.

JER. Yo creo que debías esconderte en la cueva, y

como él dice que tu pobre hermano está ahí abajo en el infierno, desde ahí debes darle el susto.

GREG. Bueno. Déjame, que ya he pensao lo que tengo que hacer.

CAR. *(Que está en la puerta.)* ¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

JER. Pus abajo. *(Abre la cueva a Gregorio.)*

GREG. Me estaré aquí mismo pa oir lo que habláis. *(Cierra Jeremías.)*.

CAR. Usté siéntese ahí y haga tóo lo que haga yo. *(Pasa al mostrador y entra Pío muy contento.)*

PIO. Ya estamos de vuelta. Sabrás, Jeremías, que la Junta del Sindicato ha acordao subir una peseta diaria a la dependencia. Supongo que esto te alegrará.

JER. *(Casi llorando.)* Mucho. ¡Me alegra mucho!

CAR. ¡Ay! ¡Dios mío de mi alma!

PIO. ¿Pero qué os pasa que estáis tan afligidos?

CAR. La señá Patro que se ha puesto mala. Se conoce que al verle a usté con ese traje se ha impresionao y ha estao delirando.

JER. Se ha puesto como loca.

CAR. No hacía más que decir: «¡Sí, es él! ¡Le veo! ¡Le oigo!» Le digo a usté que estamos asustaos.

JER. Completamente asustaos.

PIO. Paece mentira que seáis tan cobardes.

CAR. Si es que también nosotros le oímos. Estábamos deseando que viniera usté.

PIO. Na, hombre, na. Tranquilizaros. Esos son los nervios. *(En la cueva dice Gregorio con voz cavernosa:* ¡PATROOO!, ¡PATROOO!)

CAR. ¡Ahí está! ¡Ahí está! La voz de antes.

JER La voz de antes.

PIO. Es el miedo que tenéis que os hace oir lo que no se oye *(Fingiendo valor, pero empezando a temblar. En la cueva dice Gregorio:* ¡SOY ANICETO!)

CAR. ¡Otra vez! ¡Otra vez!

JER. ¿Has oído ahora?

PIO. Na, hombre, na. Es el miedo que... el miedo que tenéis... que... que os hace oir lo que no se oye.

(Paece que sale de la tumba.) *(En la cueva dice Gregorio:* ¿DÓNDE ESTÁ PÍO? ¿DÓNDE ESTÁ PÍO?)

CAR. Dice que dónde está usté.

PIO. *(Temblando de miedo.)* A... qui... qui... A... qui... qui... estoy, hombre, aquí estoy. No tener miedo. (¡Qué raro es esto!) Ya me habéis... Me habéis contagiao a mí también... Son los... los nervios. *(En la cueva dice Gregorio:* ¡Píooo!) El señor A... A... Aniceto está ahí... abajo, en el infierno. Los... muertos no resucitan. *(Se abre la cueva y Gregorio coge de las piernas a Pío.)*

CAR. ¡Ay! ¡Es él!

JER. ¡Aniceto! ¡Aniceto!

CAR. ¡Socorro! ¡Señá Patro! *(Salen corriendo y se meten en la habitación.)*

PIO. *(Quiere correr tras ellos, pero como Gregorio le sujeta, queda braceando en la atmósfera, como si nadara.)* Pe... pe... pe... per... perdón. *(Se vuelve y al verle, intenta arrodillarse, sin poderlo hacer, porque Gregorio le sigue sujetando de las piernas.)*

GREG. ¡Granuja! ¿Has engañao a la Patro?

PIO. Sí... sí... sí...

GREG. ¿Has mandao a una mujer a llorar a mi sepultura?

PIO. Sí... sí... sí...

GREG. ¡Canalla!

PIO. Sí... sí... sí...

GREG. Esa ropa que llevas es mía.

PIO. Sí... sí... sí...

GREG. Quítatela.

PIO. Sí... sí... sí... *(Comieza a quitarse la americana, luego el chaleco y por último el pantalón. Todo lo va cogiendo Gregorio.)* Las... las botas son mías.

GREG. Llévatelas y vete ahora mismo de esta casa.

PIO. Sí... sí... sí... *(Yendo hacia la puerta.)*

GREG. *(Saliendo de la cueva.)* No quiero verte.

PAT. Sí... sí... sí... Pe... per... dón. *(Al ir a salir, entran Domingo y Julito.)*

DOM. Aquí lo tenemos. Duro con él. *(La emprenden a golpes con Pío, y éste, ya loco, entre el susto del muerto y los golpes, se tira de cabeza por la cueva.)*

GREG. Dejarle, hombre, dejarle. *(Cerrando la cueva.)*

JUL. ¿Qué veo?

DOM. ¿Quién es usté?

GREG. No asustarse. Soy vuestro tío Gregorio.

LOS CHI. ¡Tío! *(Se abrazan y salen los demás personajes.)*

JER. Qué. ¿Se ha muerto ya ese?

PAT. *(A los chicos.)* ¿Vosotros aquí?

DOM. Veníamos a romperle la cabeza al señor Pío.

GREG. Pues dejarle, que ya tié bastante. Esos palos que veníais a darle os hacen falta a vosotros. Si fuérais como es debido, no hubiera pasao en esta casa na de lo que ha pasao. Y esto no pué seguir así. Vosotros vivís engañaos. Habéis venido al mundo a trabajar.

PAT. Pues ellos se han creío que venío a gastar dinero y a divertirse. A ser *pollos bien*, como ellos dicen.

GREG. Pues están equivocaos. Los pollos bien son otros. Son esos que se han criao en ricos pañales y huelen a aristocracia. Vosotros sóis unos pollos que estáis oliendo a gallinas desde que habéis nacío. Hay que trabajar. Hay que pensar en algo. Si no servís pa estudiar, dedicaros a la pollería. Sentaros en esas sillas viejas, donde vuestros padres han pasao tantas noches en vela pa ganar el pan de sus hijos, y el dinero que estáis malgastando. Hay que dejar de ser chiquillos. ¡Hay que ser hombres!

DOM. Tié usté razón, tío. Se acabaron pa mí las juerguecitas. Voy a trabajar. Venga un mandil. *(Se quita la americana y el sombrero y se pone un mandil.)* ¡Venga una gallina! *(Se sienta en una de las sillas bajas y comienza a pelar una gallina.)*

JUL. De acuerdo con mi hermano. Se acabaron pa mí los esportes. Voy a trabajar. Venga un mandil. ¡Venga una gallina! *(Hace lo mismo que su hermano.)*

GREG. Ahí los tienes. ¡Colocaos! En el sitio en que siempre debieron estar.

PAT. ¿Vosotros pelando gallinas? *(Asombrada.)*

CAR. ¿Pero es que váis a trabajar? *(Idem.)*

GREG. Estos trabajan que se las pelan.

GREG. Y desde hoy, tú al mostrador, al cuido del dinero. A este pobre viejo, que bastante ha trabajao en la casa, le dáis el retiro. Y a ese de la cueva, la Moncloa. La cárcel, que es donde debe estar.

PAT. ¿Pero está en la cueva?

GREG. Se ha tirao de cabeza.

PAT. Echarle de esta casa, que no quió verle.

GREG. Anda, Jeremías, llámalo y que se vaya.

JER. *(Levantando la tapa de la cueva.)* ¡Pío!

PIO. *(Desde abajo.)* Estoy muerto.

JER. Está muerto de miedo.

GREG. Baja por él. Que si no, no sube. *(Baja Jeremías a la cueva.)*

CAR. No sabe usté el bien que ha hecho con venir a esta casa. Usté ha sío la salvación de tóos.

GREG. He sío la salvación de tóos y seré el padrino de vuestra boda. *(Jeremías subiendo a Pío que está cadavérico. Se ha puesto un saco a la cintura.)*

JUL. Vamos, anda. Mucho miedo y poca vergüenza.

PIO. Que me entierren, Jeremías. Estoy muerto.

PAT. ¡Lástima no fuá verdá!

PIO. Perdón, seña Patro; perdón Sr. Aniceto. *(De rodillas.)*

GREG. Soy Gregorio, su hermano.

PIO. Perdón, Sr. Gregorio.

GREG. Al que tiés que pedir perdón es a Aniceto, a ese santo que está ahí arriba.

PIO. Sí, porque ahí abajo no está.

GREG. A pedirle perdón.

PIO.
Por cambiar de situación,
he ofendido tu memoria;
ten de Pío compasión,
y ya que estás en la gloria
concédele tu perdón.

TELÓN

OBRAS DE ENRIQUE PARADAS Y JOAQUÍN JIMÉNEZ

Los zapatos de charol, zarzuela. (Tercera edición.) (1)
El galleguito, zarzuela. (Agotada.) (1)
¡Abajo la media!, revista.
El primer rorro, juguete cómico. (Tercera edición.)
La furcia cuca, (parodia de *La fuerza bruta.)*
¡El fin del mundo!, revista. (Tercera edición.)
La villa del oso, revista.
¡Cayó a la una!, (parodia de *Cancion de cuna.)*
El hambre nacional, revista.
El golfo de Guinea, sainete. (Segunda edición.) (2)
Con permiso de Romanones, revista. (3)
Matías López, zarzuela.
El chavalillo, sainete. (4)
¡Arriba la liga! (2)
La suerte perra, zarzuela.
El siglo de oro, revista.
El nido del principal, sainete. (Segunda edición.)
Los dos fenómenos, revista.
El viaje del amor, fantasía cómico-lírica.
La chicharra, comedia lírica. (Segunda edición.)
El corto de genio, sainete.
La villa de los gatos, revista.
La Canastilla, juguete cómico en dos actos y en prosa.
La Cartujana, zarzuela.
La casa de los milagros, juguete cómico en un acto.
Chiribitas, sainete.
La madrina, zarzuela en dos actos.
Las corsarias, humorada. (Segunda edición.)
La novelera, zarzuela en dos actos,
Tranquilo y sereno, apunte de sainete.
Mi salvador, sainete en tres actos.
Los pollos bien, sainete en tres actos.

---

(1) En colaboración con José Jackson Veyán.
(2) Idem con Adolfo Sánchez Carrere.
(3) Idem con Ernesto Polo.
(4) Idem con Antonio Velasco Zazo.

Precio: 2,50 pesetas.